

Capítulo XIX

EL DESAGUADERO. EL FUERTE SAN CARLOS

A buena velocidad nos deslizamos río abajo y por la tarde encontramos el vapor "Managua", que subía el río, en la embocadura del río San Carlos. Trasbordamos al "Managua" y por segunda vez nos encontramos en camino hacia el Lago de Nicaragua. En la noche nos amarramos al pie de los raudales de Machuca y al día siguiente, al mediodía, podíamos arribar a nuestro antiguo lugar de desembarque en El Castillo.

Allí el "Managua" dejó toda su carga, la que por medio de vagones se llevó más arriba de los raudales a otro sitio de embarque. Vacío, apenas tenía el vapor más de un metro de calado y como la profundidad del río en el raudal del Castillo era de metro y medio, fue posible pasar al otro lado. Todo se hizo con felicidad. Al día siguiente después que por medio de dos cuerdas tiradas desde tierra, más arriba de los raudales, y el vapor trabajando a toda máquina, logró salvarse el escollo. Luego hubo de pasarse la carga de nuevo a bordo, operación que duró dos días, durante los cuales hice varias excursiones en los parajes cercanos.

Abajo del raudal habían muchos tiburones, de dos a tres metros de largo, por término medio. A pesar de que puse las más tentadoras cebas en mis anzuelos, no pude pescar ninguno de ellos. Fue un serio contrat tiempo, pues habría sido de gran interés investigar si estos tiburones pertenecían a algunas de las especies que son comunes afuera de las bocas del río San Juan, o si eran idénticas a las especies de tiburones que se encuentran en el Lago de Nicaragua. Esto último es lo más probable, aunque no ha sido demostrado.

En la estrecha faja de playa entre la tierra cortada a pique y el río, encontré varias especies de tortugas de agua dulce. Tan pronto como se daban cuenta que no podían escapar a su atacante u observador, retraen la cabeza, la cola y una parte de las patas dentro de las aperturas que tienen entre la caparazón dorsal y ventral. Las anchas patas, más o menos parecidas a aletas, cubrían la mayor parte de las aperturas de los lados, como tapas. Aun para un carnívoro, armado de dientes finos y acerados, es muy difícil, casi imposible, llegar hasta alguna de las partes más interiores de las patas.

Aquí encontré otra tortuga: *Cinosternón*, que puede protegerse de sus enemigos de una manera más completa. La *Cinosternón* puede, lo mismo que la arriba descrita especie *Emys*, retraer la cabeza, la cola y las extremidades, pero además, las partes anteriores y posteriores de la caparazón están dotadas de cierta manera de resortes. Cuando el animal se esconde bajo la caparazón, se cierran estas partes movedizas gracias a fuertes músculos, como la tapa de una caja de rapé, de tal manera que es imposible introducir en medio un cortaplumas acerado. De esta manera el animal ofrece a su atacante una cápsula enteramente cerrada, dura como hueso, y se deja dar vuelta o tirar con la fuerza que se quisiera sin abrirse. Los criollos la llaman: la tabaquera.

Temprano por la mañana del tercer día de nuestro regreso al Castillo estuvimos, por fin, listos y pudimos continuar el viaje. Después de algunas horas, pasamos la embocadura del río Pocosol, que viene del Sur, después del Sarapiquí y el San Carlos, el más importante afluente del río San Juan. Las riberas en este lado del Castillo pierden rápidamente su altura y la vegetación no es tan rica y variada como antes. Los grandes árboles, cedros y caobas, son raros, siendo innumerables los "coyolitos" (*Oenocarpus batava*) y por aquí y por allá alzaban los "palmitos" (*Euterpe oleracea*) su bella y airosa corona sobre la baja vegetación vecina. En muchos lugares, al borde mismo del agua, se veían los "sapotes" (*Achras sapota*) con sus grandes y bellas flores, blancas y rojas, recién abiertas. Incluso, majestuosos helechos se mostraban por aquí y por allá, pero la vegetación no era, en general, tan espesa y variada como lo era río abajo.

Tanto más ricas eran las variedades de pájaros: martín pescadores, garzas, corvideos, palomas, orioles (*Icterus sp.*), gavilanes, etc., se sucedían los unos a los otros. Y como brillantes pendones con los colores nacionales suecos, colgaban majestuosas lapas (*Ara macao*) en las palmeras que se mecían con el viento.

En muchos lugares donde las riberas del río eran cada vez más bajas y se prolongaban en pequeños bancos de arena y de hierbas, hacían la siesta numerosos grupos de cocodrilos que de mala voluntad se arrastraban hasta el agua al acercanos, sin poner gran cuidado a las salvas de disparos con que los saludaban unos jóvenes nicaragüenses con sus recién comprados revólveres y escopetas.

Ahora nos acercábamos al raudal del Toro, la última barrera a la navegación a la vela del río viniendo del Atlántico. Ciertamente se pueden ver allí, a ambos lados del río, algunas colinas sin importancia que no son propiamente formaciones de montañas. Muestras de las rocas sueltas que forman el cauce son de origen volcánico, por lo que uno puede suponer, y con razón, que han sido llevadas allí, desde las playas del lago, por la fuerte corriente del río, y que la barrera sea aquí de una naturaleza fortuita, mientras que en el caso de la del Castillo y la de Machuca se han formado por la penetración del río a través de las montañas que unen las de Costa Rica con la cordillera de Chontales.

El raudal del Toro no era particularmente fuerte y fue bastante más fácil de pasar que el anterior. Se compone de tres partes a lo largo de un kilómetro y medio de longitud: el primero, "El Ternero" con playas bajas, es el más débil; el segundo, "El Toro" es el más fuerte, con elevaciones a ambos lados; y el tercero, "La Vaca" es bastante largo pero medianamente fuerte. En el medio de este último raudal, desemboca por el Sur, el río Závalo del Sur, e inmediatamente encima de la caída viene, desde la cordillera de Chontales, el importante río Závalo del Norte. Al este de estas desembocaduras se encuentra una hacienda bastante grande que pertenece a un alemán: Herr Lange. Es de notarse en esta plantación —que es uno de los pocos casos en la República— que se cultiva el árbol de caucho. Más tarde, durante mi viaje de regreso, cuando bajé el río San Juan en bote, visité la hacienda y permanecí en ella un día entero. Me di cuenta que promete recompensar pronto el trabajo que su empeñoso dueño ha puesto en ella.

Al frente, en la ribera Sur, se encontraba, en tiempos de la conquista de Nicaragua, una gran ciudad indígena con el nombre de Voto. No es posible ahora encontrar huella alguna de los numerosos pueblos o ciudades en las cercanías de las riberas del río San Juan, de las que se hablan en los primeros tiempos de la Colonia en Nicaragua.

Por el momento, se hablaba mucho del río Závalo del Norte, porque en un trecho río arriba se habían, recientemente, encontrado ricas minas de oro y se discutía la posibilidad de explotarlas.

Minas de oro se encuentran en varias partes de Chontales, pero pocas de ellas se sostienen debido a la falta de comunicaciones y las grandes dificultades que existen para llevar hasta ellas las máquinas pesadas necesarias.

Pasamos, además, por el lado sur, dos desembocaduras de ríos: el río Raudal y el río Mosquito, y por el lado norte, no menos de cinco. De éstos, el más al oeste, es el río Melchora, el más grande de todos, aunque es más bien un estero que un río.

El San Juan se había vuelto cada vez más ancho y sus riberas cada vez más bajas y rectas de manera que el río se ensanchaba por ambos lados formando grandes pantanos cubiertos de altas hierbas y árboles bajos.

Durante varias horas, repetidas veces, observé la garza de penacho blanco (*Ardea alba* o *Herodias egretta*), aunque no en bandadas como se le suele encontrar, sino en ejemplares solitarios. Lo curioso era, sin embargo, que casi siempre —en los 14 a 17 casos observados— se encontraba acompañada de una garza azul (*Florida coerulea*), y ora ésta u ora aquélla, se ocupaba en pescar en el agua del pantano, o a descansar en la copa de algún árbol.

Cuando el vapor se acercaba y la garza veía su seguridad amenazada alzaba el vuelo y volaba un trecho hacia adelante. Al mismo tiempo alza-

ba el vuelo su compañera, y se posaban en el mismo sitio y continuaban pescando juntas. Que esta asociación se constatará en tantos casos, demuestra que existe otra razón para ello que la simple casualidad. Después de llegar a San Carlos, me escondí en la playa y tiré un par de estos inseparables medio-hermanos y me pude dar cuenta cabal que pertenecen a las dos especies diferentes que arriba he mencionado. No estoy en posición, sin embargo, de dar razón alguna para esta extraña asociación.

La pequeña garza blanca (*Garzetta candidissima*), volaba en bandadas alrededor de las orillas del lago y aquí había aprendido a usar una manera de pescar que, según entiendo, no ha sido descrita antes en la literatura. Mientras que estas decorativas aves, lo mismo que sus parientes, estirados sobre sus altos y delgados zancos, vagan por el agua estancada de los ríos, las playas o los pantanos y con su largo, fino y acerado pico, cogen su presa del fondo del agua, más o menos suavemente; las garzas blancas de San Carlos tomaban su presa volando bajo sobre el agua profunda. Ofrecían un espectáculo interesante, cuando con el cuerpo medio recogido, la cabeza baja y las largas patas colgando, de pronto se detenían con aletazos cortos e incesantes encima de la superficie del agua e introducían en ella el pico hasta los ojos. Cuando lograban cazar algún pececillo, levantaban la cabeza hacia arriba y con movimientos rápidos del pico se tragaban la presa. Continuaban después su pesca con singular diligencia. Parecía enteramente como si estuviesen saltando sobre el agua. Seguramente habían aprendido esta manera de pescar de las gaviotas, las que, como después lo pude constatar, están representadas en las playas del Lago de Nicaragua.

En San Carlos es el río, o Desaguadero como desde su descubrimiento fue llamado por los españoles, más bien como una bahía, saliendo del lago tierra adentro. Las playas son en sus bordes, pantanosas, con excepción del rincón norte que está ocupado por la pequeña ciudad. La vegetación es baja, los bancos de hierbas se extienden agua adentro y forman aquí y allá pequeños islotes, cubiertos de la alta y espesa vegetación propia de las ciénagas.

Encima de la colina de 15 a 20 metros de alto que forma el límite entre el lago y su desaguadero, se encuentra el conjunto sin pretensiones que se llama "Presidio de San Carlos". Al este de la misma colina y separada de ella por un bello valle se alza otra colina más importante que se extiende tierra adentro, disminuyendo de altura en sucesivas colinas. En su cima se alzan las ruinas, cubiertas ahora de verdura, de la muy poderosa fortaleza que los españoles, hace doscientos años, construyeron para impedir que los piratas invadieran el Lago de Nicaragua por el río San Juan.

En el valle, entre las dos fortalezas en ruinas —aún el Presidio en uso está en ruinas— se encuentra la pequeña ciudad que una vez fue grande y próspera. Tiene en particular una situación, que tan pronto como Nicaragua, de una manera o de otra, pueda estar en posición de desarrollar sus extraordinariamente ricos recursos naturales y entre en comunicación

más directa con el resto del mundo, hará de esta ciudad una de las más importantes de la República, pues está situada a la entrada de una de las grandes arterias del país: el Desaguadero.

En la larga espera de este futuro, a menudo prometido por un proyecto de canal después de otro, San Carlos ha progresado pero a muy lentos pasos. Hace treinta años tenía apenas más de 400 habitantes, ahora tiene, más o menos, 1,000, así como algunas, muy bien construidas, casas de madera entre muchas chozas de paja. La principal fuente de ingresos de sus habitantes es el tráfico de botes y el comercio del hule.

Al sencillo muelle de vapores en la boca del río conduce un estrecho camino de piedras sobre terrenos inundados y llenos de troncos. Esta entrada está defendida por una guarnición de 8 soldados instalados en una casucha movediza y frente a ella está un viejo cañón que para no cansar a la derruida cureña se ha colocado con la boca enterrada profundamente en la tierra.

Fuimos recibidos de la manera más gentil por Mr. Augustin, antes socio de comercio de Mr. Scott en San Juan del Norte, y desde hace algunos años establecido aquí como comerciante. En su compañía visitamos la ciudad. Esta nos hizo una impresión mucho más ventajosa. Después hicimos una visita al Presidio. Este se componía de un galerón en bastante mal estado y de veinte a treinta metros de muralla, parte de ella en pie, parte desde hace mucho tiempo derruida. La guarnición se compone de una veintena de soldados bajo el mando de un Capitán. El armamento: un par de cañones de 24 libras, todos ensarrados. Algunos otros cañones yacían medio enterrados en el suelo.

Inmediatamente antes de la caída del sol, subimos a la colina sobre la cual la abandonada fortaleza alzaba sus extensas, macizas ruinas. Las murallas aún estaban en pie hasta una altura de 10 a 12 metros, enteramente intactas a pesar de la rica vegetación que se arraigaba en ellas y sobre ellas. A través de paredes de bloques de piedras de un par de metros de espesor se veían portadas bien conservadas hacia el interior de la fortaleza: todo indicaba que ésta, desde el principio, había sido construida con sumo cuidado y esmero por un hábil ingeniero. Allí donde se encontraba, dominaba enteramente el río y la parte más próxima del lago.

Desde las murallas se gozaba de un panorama inmenso. Allá a lo lejos se alzaban las dos islas de Ometepe (sic) con sus imponentes volcanes, desde aquí formando una cadena simétrica. Al suroeste dibujan las montañas de Costa Rica sus azules y vaporosas masas. Ante nosotros se extendía el Gran Lago de Nicaragua, como un espejo reverberante, no azul oscuro y brillante como el mar, sino de un color grisáceo y encrespado. Una bella decoración sobre su superficie era el bajo y alargado archipiélago de Solentiname, cubierto de bosques; las pequeñas, alzadas y verdeantes islas "Las Balsillas" y más lejos, al norte, El Guarumo y El Boquete. A nuestros pies desembocaba el río Frío, de aguas claras, que viene de las regiones

menos conocidas de Costa Rica, donde los muy discutidos, aunque poco conocidos indios Guatusos, tienen sus guaridas. Al este podía el ojo seguir, por una larga distancia, el río San Juan, su ancha y tranquila figura serpenteando entre verdeantes colinas que se sucedían las unas a las otras.

En una estadia posterior en San Carlos me contaron que un gran jaguar, diferente de los demás, había sido muerto en un rancho de la vecindad. Me apresuré a ir allá, pero llegué demasiado tarde y sólo pude salvar la piel y el cráneo. Era, en verdad, una variedad muy rara. En dos semanas había matado dos vacas y cinco cerdos y debido a su astucia, había hecho inútil todo intento de matarlo, hasta que por fin había perdido la vida miserablemente, por su avidez en comer carne de cerdo envenenada, lo mismo que su semejante en San Juan del Norte, del que ya he hablado anteriormente.

San Carlos fue fortificado por primera vez en 1602, cuando se construyó un fuerte con una pequeña guarnición, para defender el acceso al lago, de los piratas cada vez más amenazadores. Por ese tiempo ya habían puesto pie firme en varios lugares de la costa oriental de la América Central, pero no ensayaron invadir Nicaragua —antes de 1665— subiendo el río San Juan. En ese año, el jefe de piratas David subió el río a la cabeza de una tropa poco numerosa —150 hombres— tomó el Fuerte de San Carlos, atravesó el lago a pura vela y tomó, saqueó y quemó a Granada, que en esa época era una de las ciudades más ricas de la América Central. Merece citarse una exclamación de David cuando con sus embarcaciones, llenas de botín, se preparaba a volver por el mismo camino que había venido: “Ni siquiera al valor de una botella de vino estimo todo nuestro botín, en comparación de esta fácil comunicación con el Pacífico”. Quería, añade el cronista, tratar de instar “al Rey de Portugal y al Gobernador de Jamaica” a conquistar juntos esta tierra y establecer una comunicación comercial entre las dos mitades del mundo para dar así un golpe mortal al imperio de España en América.

Cuando los piratas dejaron el río, se hizo un fuerte en El Castillo y la maciza fortaleza de San Carlos, cuyas ruinas aún despiertan admiración. Tan fuertes como eran las fortalezas, no lograron impedir que otro jefe pirata, Gallardillo, en 1670, penetrara en el lago, arrasara la ciudad reconstruida de San Carlos —cuya fortaleza no pudo tomar— y saqueara algunos lugares de la costa oriental del lago.

Más tarde, la fortaleza fue tomada por asalto por los ingleses a fines del siglo XVIII, pero sólo la ocuparon por un corto período. Por fin fue tomada en el año de 1848 por la expedición, antes mencionada, que vino de Jamaica bajo el mando del Capitán Lock, época en que fue destruida en gran parte.

El último golpe lo recibió durante la triste guerra civil que estalló entre 1854-1857, y cuya causa principal fue la intromisión del aventurero norteamericano Walker en las luchas políticas de Nicaragua.

De San Carlos hubimos de seguir nuestro viaje hacia Granada en una lancha de vela, la goleta "Geraldine", pues el nuevo y cómodo vapor "Victoria", que recientemente había comenzado a mantener el tráfico en el lago, había dos días antes zarpado del puerto. La longitud total del río San Juan desde San Carlos a San Juan del Norte es de 186 kilómetros, y la distancia por el lago, en línea recta, desde San Carlos a Granada, es de 150 kilómetros.

Nos embarcamos, pues, en la "Geraldine", en cuyo Capitán, signore Maineri, encontré un conocido de la bahía de Panamá: había estado empleado en el servicio de la Compañía del Canal, como encargado de la estación meteorológica de Naos.

El sol era tan fuerte que la brea hervía entre las tablas del puente. El viento amainó enteramente y arrastrados por una débil corriente fuimos llevados de nuevo a San Carlos. De repente nos cayó un chubasco y nos hizo bajar bajo el puente. Después sopló un fuerte viento del noroeste y pasamos muy cerca de las bellas islas de Solentiname, muy acogedoras con sus numerosos, lujuriantes islotes y sus canales tortuosos. El Ometepe alzaba su imponente cadena de volcanes, cada vez más altos sobre el nivel del agua. La cima mutilada del Madera estaba libre de nubes y se dibujaba claramente contra el cielo azul profundo, el Ometepe, tenía en su cima un penacho de nubes, espeso, inmóvil, casi en forma redonda.

Hacia la tarde el viento sopló más al Norte y nos dirigimos hacia la costa de Chontales y dimos vuelta por primera vez hacia Granada cuando ya la oscuridad caía sobre nosotros. Un par de horas antes de la aurora vimos una débil, solitaria luz en la costa occidental. Por lo demás, todo era impenetrablemente oscuro a nuestro alrededor y ninguna estrella brillaba.

"Hay, sin embargo, una luz en Granada", dijo el timonel soñoliento. Y confiadamente puso el timón en esa dirección. Felizmente, así era, y al amanecer, anclamos en el puerto de Granada, sobre la cual se alzaba la ancha y desigual cabeza desnuda del Mombacho, rojiza bajo el sol que nacía.

Nos amarramos al muelle frente al viejo castillo que antes protegía al puerto pero que ahora sirve de bodega al servicio de vapores. Mas antes de poner el pie sobre la tierra del istmo de Nicaragua, tan rica en recuerdos, haré un corto informe sobre el problema de la construcción de un canal interoceánico a través de Nicaragua, tal como se presenta hoy día y en el próximo futuro.

Capítulo XX

EL CANAL DE NICARAGUA

Aun para aquel que sólo sobre el mapa estudia la configuración de la América Central y ve la gran vía de agua que es el Río San Juan, el enorme estanque, tierra adentro, que es el Lago de Nicaragua, y la faja de tierra con una anchura de apenas 20 kilómetros que lo separa del Pacífico, debe parecerle natural que desde hace mucho tiempo atrás se haya buscado aquí cómo resolver el gran problema: el de una unión marítima entre los dos océanos del mundo. (Fig. 67).

Realmente, aquí es la distancia de océano a océano más grande que en algunos otros lugares que han sido discutidos para una comunicación de este género, pero es ciertamente aquélla por la cual la naturaleza ha hecho más, hasta el punto que uno se encuentra tentado a afirmar que es la que la naturaleza misma nos ha indicado para ello.

Ya en el cuarto viaje de Colón en 1502, despertó el río San Juan su curiosidad y debido a su anchura y curso tranquilo creyó haber encontrado aquí el objeto de sus deseos más ardientes: el canal hasta el mar de la India. Esta ilusión suya tomó aun más fuerza con los cuentos fantásticos de los indios que poblaban estas tierras sobre la civilización y tesoros acumulados por los Ciguares en las tierras situadas hacia el noroeste. Colón, naturalmente, la identificó con la India, en sus pensamientos tan cercana. Probablemente sus informantes hablaban de México, futura presa de Cortés, o tal vez del Imperio Quiché de Guatemala, que dos decenios más tarde sería la recompensa a los esfuerzos conquistadores de Alvarado.

Inmediatamente después de la conquista de Nicaragua por Gil González Dávila en 1521-1522 y de Francisco Hernández de Córdoba, 1532-1524, se presentó la cuestión de una comunicación más fácil entre los dos océanos a través del Lago de Nicaragua. El descubrimiento del Desaguadero por Ruy Díaz en 1525 dio un apoyo importante a estos proyectos. Díaz hizo la navegación en la primera embarcación construida por los europeos bajo las órdenes de Hernández de Córdoba, un bergantín construido en Granada que hendió el espejo de las aguas del Lago de Nicaragua. Mas ni Ruy Díaz, ni Hernando de Soto —el futuro descubridor del Misisipi, que había sido enviado antes, ni Martín Estete, enviado en 1529 para explorar el

Desaguadero, llegaron más allá de la embocadura del río Závalo del Sur. Pero en el año de 1536 pudo el Capitán Diego Machuca de Suazo, en compañía de Alonso Calero, recorrer todo el río y en la misma embarcación en que había salido de Granada llegar hasta Nombre de Dios, situado en la costa norte del istmo de Panamá.

Así fue abierta la nueva vía de comunicación, aunque no fue utilizada antes del renombrado golpe de Sir Francis Drake en la costa occidental de la América del Sur y del Centro en 1578-1580, golpe que produjo tal terror entre los españoles de las costas occidentales de Guatemala y de México, que en lugar de enviar sus mercaderías por la costa hasta Panamá, las mandaban por tierra hasta Granada para ser acarreadas por el río San Juan hasta Nombre de Dios y Cartagena. Esta clase de tránsito, especialmente beneficioso, duró hasta mediados del siglo XVII, cuando, como se ha dicho, los piratas descubrieron lo que valía subir el San Juan para ir a compartir las ganancias con los comerciantes de Granada.

De este tiempo data el continuo enarenamiento de los raudales y de las bocas del río San Juan. Es posible fijar con bastante precisión ese momento con la ayuda de viejos documentos y narraciones. Así se dice que los raudales del Castillo y de Machuca se hicieron más incómodos después de los fuertes temblores que sacudieron el país en 1648 y 1651. Se cuenta también que un barco grande de más de 120 toneladas que en el año de 1662, cargado de mercaderías de La Habana subió el río hasta Granada, ya no pudo volver debido al enarenamiento de los raudales y tuvo que quedarse en el lago para siempre.

Después del saqueo de Granada por David, ya descrito, el entonces Gobernador de Nicaragua, Don Juan de Salinas y Cerda, no contento con levantar fuertes y fortalezas en varios lugares a lo largo del río, hizo arrojar grandes piedras en los raudales del Toro y del Castillo, para de esa manera cerrar el camino a los piratas. Una medida que fue para mayor daño de Nicaragua y su comercio que para sus enemigos. Nicaragua se encontró cada vez más aislada para el comercio con sus vecinos del este.

A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX empieza de nuevo a renacer el problema de la construcción de esta vía de comunicación. La primera investigación para encontrar una ruta adecuada para el canal se hizo en el año de 1781. El gobierno español, bastante tarde, se decidió a hacer algo en este sentido y en aquel año envió al Ingeniero don Manuel Galisteo, quien hizo un cuidadoso estudio de una parte del istmo entre el Lago de Nicaragua y el Pacífico y estableció la diferencia de niveles entre ambos.

En los años subsiguientes, un proyecto de canal reemplazaba al otro y una compañía canalera a la otra, y los más aventurados proyectos vieron la luz del día, tales como, construir un ferrocarril para vapores, similar al que propuso para el istmo de Tehuantepec el Capitán Eads, llevar los barcos río arriba en grandes balsas o diques flotantes, etc. De los muchos

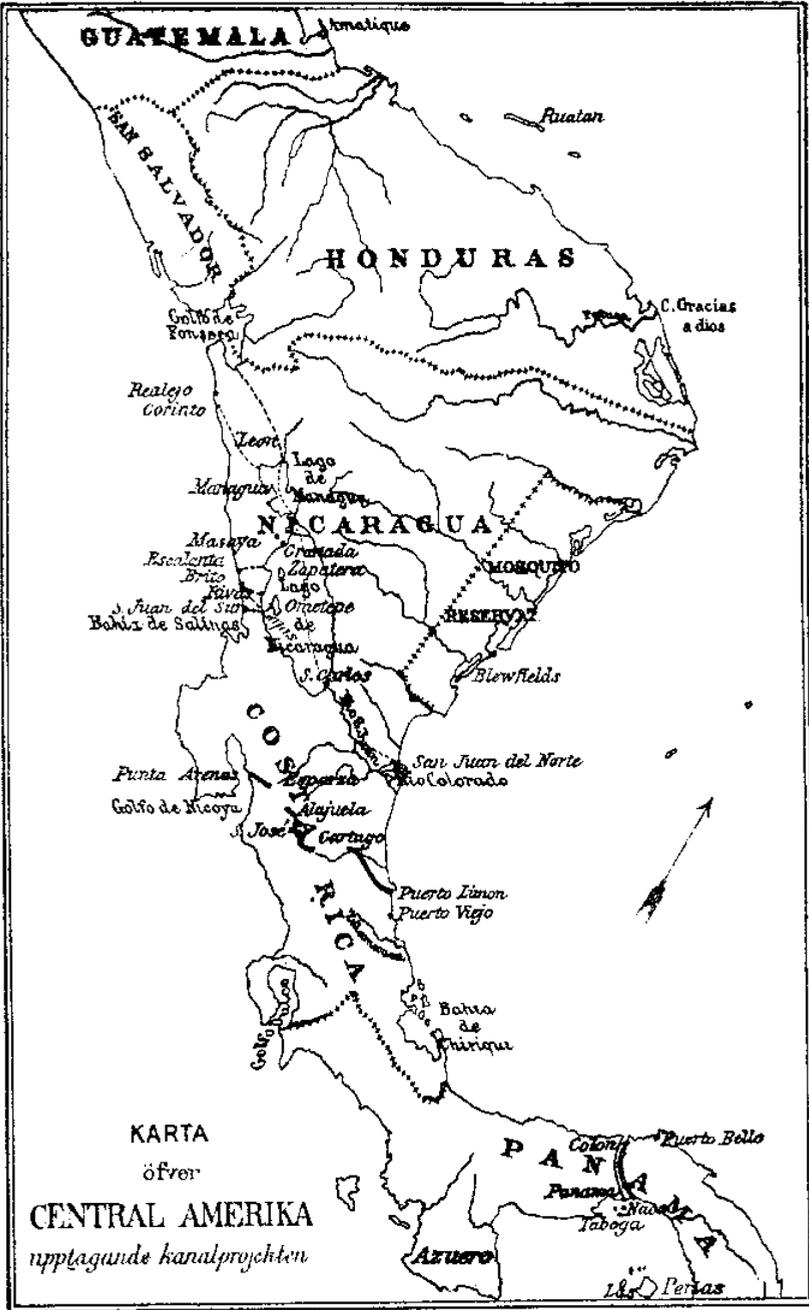


Fig. 67. — Mapa de Centro América.

proyectos diferentes, citaré aquí algunos, notables por el hecho que coinciden en utilizar el río San Juan y el Lago de Nicaragua. Es sólo la unión del lago con el Pacífico la que ha sido motivo de interpretaciones muy diferentes. El nivel del Lago de Nicaragua es de más o menos 35 metros sobre el nivel del Atlántico y del Pacífico.

Primero citaré la propuesta del Comodoro E. Belcher en la que la salida que él quiere dar al canal es la más al Norte. A pesar de que no existe un minucioso estudio que la haga más evidente, su punto de salida —la Bahía de Fonseca— es sin comparación el mejor puerto que se haya propuesto. Desgraciadamente, la distancia es la más larga que cualquiera otra que se haya presentado.

Los vapores tendrían que subir, usando esclusas, por un canal desde el Lago de Nicaragua hasta el Lago de Managua (la diferencia de nivel entre ambos lagos es de 7.5 metros), del rincón noroeste del Lago de Managua habría que cavar un canal de más de 60 kilómetros de largo hasta encontrarse con el Estero Real, el que sería dragado hasta una profundidad suficiente y acondicionarlo hasta su salida en la Bahía de Fonseca.

El Emperador Napoleón III, cuando era prisionero en la fortaleza de Ham, propuso en el año de 1846 una solución con una ruta prolongada desde el Lago de Managua. Debía dividir la región de León y terminar en el Puerto de El Realejo. Aunque esta propuesta tiene la ventaja de un buen puerto en la extremidad oeste, la ruta a través de la región de León ha sido reconocida como imposible después del estudio, en 1872-1873 de la Comisión norteamericana.

Todos los otros proyectos sostienen una ruta directa del Lago de Nicaragua hasta el Pacífico. El Ingeniero del Gobierno de Nicaragua, Maximiliano von Sonnestern, propuso la bahía de Zapatera o de Charco Muerto en el Lago de Nicaragua, seguir el río Ochomogo, de éste pasar al valle del río Escalante y seguir éste hasta su desembocadura en el Pacífico. Allí se construiría un puerto. La Comisión norteamericana sin embargo, ha decidido que esta ruta no es favorable.

El Ingeniero danés A. Oersted propuso que la extremidad suroeste del Lago de Nicaragua se seguiría el río Sapoá, escalando importantes alturas montañosas, para luego terminar el canal en la Bahía de Salinas, en territorio costarricense. Estudios posteriores han demostrado esta ruta inaceptable.

Ahora sólo nos quedan los proyectos que podríamos llamar norteamericanos. Todos están de acuerdo en el mismo punto final oeste: el pequeño puerto de Brito, que se agrandaría y se haría enteramente seguro por medio de rompeolas.

El Comodoro Orville Childs propuso, después de estudios minuciosos del lago, seguir el río Las Lajas, de allí atravesar el valle del río Grande y de

allí a Brito. La Comisión del año 1872-1873 bajo el mando del Comandante E. P. Lull y del Ingeniero A. G. Menocal, encontró más favorable dejar el Lago de Nicaragua por el río Medio, algunos kilómetros al norte de Las Lajas, y construir el canal siguiendo su valle, y partiendo las alturas, seguir el valle del río Grande, donde el canal aproximadamente coincidiría con el propuesto por el río Las Lajas. La longitud del canal entre la desembocadura del río Medio y Brito sería de 26.7 kilómetros con 10 esclusas. (Todas las dimensiones son tomadas directamente de los mapas publicados por la expedición norteamericana de investigación. Nota del Autor). En lo que se refiere al resto del trayecto, sólo sería necesario profundizar la parte del lago más cercana a San Carlos. La distancia entre el río Medio y San Carlos es de cerca de 100 kilómetros. Además, el mismo río San Juan, debidamente dragado, y donde fuese necesario proveerlo de murallas a lo largo de sus riberas, sería utilizado hasta los raudales del Castillo y arriba de éstos, una esclusa de 310 metros de largo y cerca de 7 metros de alto sería construida a través del río. Con esto se levantaría el nivel del río a nivel del lago y por lo tanto los raudales del Toro desaparecerían. El raudal del Castillo sería reducido por un canal de 1,200 metros, con una esclusa. Una segunda esclusa de una longitud de 400 metros se haría en los raudales de Machuca y Las Balas, levantando el nivel del río entre las dos esclusas lo suficiente para hacer desaparecer los raudales del Mico. Más allá de Las Balas se construiría un canal de dos kilómetros y medio de largo con una compuerta. Río abajo del raudal de Machuca se construiría una tercera esclusa de 280 metros de largo. Alrededor de la misma, un canal de 1 kilómetro 900 metros de largo con una compuerta. Por último una cuarta esclusa de 330 metros de largo cerraría el río más o menos 2 kilómetros abajo de la desembocadura del río San Carlos.

Para vaciar el exceso de agua del río en la ribera sur, se haría un desagüero más allá del límite de la esclusa. Más o menos medio kilómetro más abajo de la esclusa No. 4 o última, dejaría el canal al río, para seguir el valle hasta el punto donde el San Juanillo deja el San Juan, más o menos a medio camino entre la desembocadura del Sarapiquí y el comienzo del Colorado. En esta parte del canal se harían 4 esclusas, cada una de 3.4 metros de alza de nivel. De aquí iría el canal casi en línea recta hasta San Juan del Norte y terminaría en el sector Este de la pequeña ciudad. En el camino debería pasar las lagunas de Silico e Ibo y estar dotado de 3 esclusas. Esta última parte de la esclusa con el río San Carlos tiene 67.7 kilómetros de largo.

La longitud total de esta vía de comunicación sería de 292 kilómetros, divididos así: 26.7 kilómetros con 10 esclusas en el sector oeste, 73.3 kilómetros con otras 10 esclusas en la parte este, total 100 kilómetros de canal construido. La navegación por el lago sería de otros 100 kilómetros y por el río Medio 92 kilómetros. El costo se calcula en algo más de 52 millones de dólares y con un 25% adicional para resolver dificultades imprevistas, el total sería de 65 a 66 millones de dólares.

Conforme este proyecto se prueba que la enorme empresa es posible y puede realizarse por una suma relativamente pequeña. Una debilidad del proyecto es el gran número de esclusas que causan dificultades y atrasos para los viajeros y son costosas de mantener en buen estado.

La última propuesta de las que se han presentado parece haber resuelto este defecto de una manera feliz. Es la propuesta por el Ingeniero A. G. Menocal, el mismo que fue el animador de la Comisión de 1872-1873 y que está fundada sobre nuevas y extensas investigaciones, las últimas hechas en 1885. Este proyecto es la base de los trabajos preliminares, ahora en su comienzo, de un canal a través de Nicaragua.

En algunos puntos es diferente de lo propuesto en 1872-1873. Por lo que toca a la parte oeste, el canal de Menocal permite subir de 36 a 37 metros desde Brito, en una distancia de 15 kilómetros, hasta el nivel del Lago de Nicaragua. Allí se emplearían sólo 4 esclusas, la primera para ganar una altura de 11 metros y las otras tres, alturas de 9 a 10 metros. Luego el canal sigue la ruta del río Las Lajas, ya propuesta por Childs. En lo que toca al lago no habría cambios, pero en lugar de atravesar el río San Juan, gracias a 4 esclusas y tres trozos de canal hasta la desembocadura del río San Carlos, Menocal construiría una sola esclusa gigante de 6 kilómetros de largo más o menos, río abajo de esta última desembocadura, y con la ayuda de ésta levantar el nivel del río San Juan a una altura cuyo nivel sería idéntico con el del lago. De esa manera serían eliminados, de una vez, todos los raudales que ahora existen. Inmediatamente después de la esclusa, el canal dejaría el río San Juan e iría casi en línea recta hasta San Juan del Norte, usando, por unos 13 ó 14 kilómetros, el curso del río San Francisco. El trozo de canal a construirse en el lado Este, no sería así más que de unos 37 kilómetros. En una distancia de 8 kilómetros este canal bajaría de 34 a 35 metros el nivel del Atlántico. Esto se haría gracias a sólo tres esclusas, de las cuales la primera sería una gigante de 17 a 18 metros y las otras dos de 8 a 9 metros cada una. La profundidad del canal sería de 9 a 10 metros.

Este proyecto tendría una longitud total de 10 a 12 kilómetros menos que el proyecto anterior, o sea, 280 kilómetros. La longitud del canal sería de 66 kilómetros en lugar de 100, de esta manera algunos kilómetros más corto que el Canal de Panamá. El recorrido por el río se aumentaría de 92 a 115 kilómetros.

El costo de la construcción de todo el proyecto de canal está calculado en 50 millones de dólares, pero agregando un 50% del capital necesario como reserva para trabajos imprevistos, la suma final subiría a 75 millones de dólares. Para terminar el trabajo se necesitaría un periodo de 4 a 6 años.

Es indispensable hacer ver que, en caso ambos canales fueran construidos, el Canal de Nicaragua, debido a su longitud, tendría dificultad para competir con el Canal de Panamá. Por lo que toca a barcos de vela, am-

bos proyectos parecen igualmente buenos. En el trayecto por el de Nicaragua deben los barcos de vela ser remolcados de una extremidad a otra del canal, mas en los puntos terminales encontrarían viento, mientras que los que vayan por el Canal de Panamá, podrían seguramente, contar con viento en Colón, pero en el otro extremo se encontrarían con lo que no se puede considerar como favorable, esto es, ser remolcados de Panamá hasta la boca de la bahía de Panamá. Y lo mismo sucedería en sentido contrario. Esta distancia compensa la del trayecto por el río y el lago del proyecto de Nicaragua.

Pero hay otro argumento que habla en favor del Canal por Nicaragua y es la influencia sobre la región inmediatamente vecina. Aun cuando el Canal de Panamá pueda llegar a ser de gran importancia para el desarrollo de la América Central, trayendo allí capital y gente emprendedora, con dificultad esa gente industriosa se mantendría en el Istmo de Panamá mismo porque el clima es demasiado malo, y su capacidad para levantar el nivel cultural entre los habitantes de las Repúblicas de la América Central, sería, seguramente, sin importancia, tanto por la distancia en que se encontraría el resto de la América Central, como por la falta de otras vías de comunicación que no sea por mar.

El Canal de Nicaragua, por el contrario, pasa a través de una tierra que en comparación es relativamente sana, donde se encuentran todas las facilidades para levantar pronto una industria floreciente. En el lado Sur del proyecto de canal, al cabo de poco tiempo se establecerían comunicaciones, río arriba del Sarapiquí, el río San Carlos, el Pocosol, el río Frio, con la meseta de Costa Rica que goza de un clima tal que puede agradar al europeo más exigente. Y por el lado Norte del proyecto, se encuentran a través de los grandes lagos, vías de comunicación con las tierras altas de Chontales y de las Segovias. Y más al Norte aún, las montañas de Honduras y las maravillosas de Guatemala que ofrecen una cantidad inmensa de lugares con climas favorables a los emigrantes europeos.

Mas una inmigración tal, a pesar de ser, tal vez, beneficiosa para las Repúblicas Centroamericanas, no tiene importancia capital, y es aun innecesaria, porque creo que estas tierras con sus indios y con los descendientes de sus colonizadores, poseen excelentes cualidades para su futuro desarrollo.

El viajero que sin ser víctima de los prejuicios en contra de los hijos naturales de América, juzga a los indios de la América Central, no a través de un pasajero encuentro en el puente de un navío o a través de la ventanilla de un tren, sino que vive con ellos en sus chozas estrechas, comparte sus alimentos sencillos, los sigue en bote o por los caminos de los bosques, juzgará, como yo lo reconozco, que poseen los más nobles sentimientos que es costumbre alabar en otras razas, y que son pocos los que no se encuentren representados en ellos: son hospitalarios, sensibles, generosos e inteligentes. Tan sólo necesitan ser despertados a la conciencia

de que son hombres libres, independientes, que tienen una patria maravillosa que defender y trabajar.

Es mi opinión que nada provocaría tal despertar como la apertura del país a la civilización europea y norteamericana por medio de una vía de comunicación interoceánica.

Capítulo XXI

OMETEPE. MOYOGALPA. LAGUNA DE SANTA ROSA

Desembarcamos por el largo muelle de madera que sirve en Granada a los vapores, pues aunque éstos pueden llegar hasta tierra, deben mantenerse a respetuosa distancia de la playa contra la cual rompe casi siempre un oleaje impetuoso.

A ambos lados del muelle se encuentra la playa adornada de siluetas femeninas, ligeramente vestidas, que estaban lavando o bañándose. Nerón, mi perro, se mezcló entre un grupo de jóvenes ninfas, provocando entre ellas temor y diversión.

Colocamos nuestro equipaje sobre una vieja carreta y vadeamos un hondo arenal hasta llegar a la ancha calle del Gran Lago que conduce a la ciudad. En el Hotel de Los Leones encontramos piezas aireadas y grandes y después de hacer las visitas de rigor y de haber gozado durante un par de días de la hospitalidad de los habitantes de la ciudad, ofrecida de la manera más amable, me apresuré a aprovechar la primera ocasión para comenzar mis investigaciones en las Islas del Gran Lago y una tarde salí en la lancha de vela "Geraldine" hacia Ometepe.

A las cinco de la mañana —era el día de Año Nuevo de 1883— echamos ancla en el puerto de Moyogalpa, situado en el rincón noroeste de la gran isla. Ante nosotros se alzaba un espeso nubarrón que daba la impresión de hacer más espesa la oscuridad que nos rodeaba: era el famoso volcán. Al norte y al oeste la luna y las estrellas brillaban, mas ante nosotros y encima de nuestras cabezas, todo era oscuridad, dominada por el gigante cubierto de nubes. De repente rompió el día con un incomparable juego de colores en las nieblas ligeras que se alzaban del espejo de las aguas y en las extremidades de la espesa nube, pero el Ometepe, aún arrebozado en su negra capa obstruyó obstinadamente la salida del sol, y aún a las 7 de la mañana que llegamos a tierra, apenas podíamos distinguir la ancha base de la montaña, la cima y los lados parecían una pesada masa violeta, casi inmóvil, a pesar de que soplabá un fuerte viento del noreste.

Desde el lago la pequeña ciudad lucía agradable e invitadora con sus casas pequeñas y bajas engarzadas en lujuriantes huertas, y un gran número de botes volcados sobre la playa sombreada de árboles centenarios. Pronto se reunió allí un buen grupo de vecinos ansiosos que amigablemente nos dieron la bienvenida cuando llegamos a tierra y con alboroto regocijo y natural bondad de corazón nos tomaron a su cuidado, lo mismo que nuestro equipaje y en un tropel animado nos siguieron por la calle principal de la ciudad.

No fue fácil encontrar alojamiento en el pequeño poblado, pero finalmente conseguí, gracias a la recomendación del Capitán Maineri y a las cartas que llevaba, arrendar donde la señora Cantón, una pequeña bodega oscura —el granero de maíz—, donde con buena voluntad pudimos acomodar una pequeña mesa de trabajo, mi hamaca y la cama de campo de Boström, mi ayudante. A través de una pequeña ventana protegida con barrotes de hierro, entraba tan poca luz en la “celda” que aún a mediodía era imposible escribir. Cuán severa y desnuda parecía nuestra habitación al principio, mas pronto se volvió pintoresca y agradable, cuando anaquel tras anaquel con preciosos animales conservados fueron colgados de las vigas del techo, las paredes se fueron cubriendo de pieles y esqueletos de animales, cada uno más raro que el otro, y en el suelo filas de vasos con serpientes, iguanas, batracios y pescados comenzaron a tomar importancia. No tardó mucho la pieza en estar tan llena que ya no podía recibir las numerosas visitas de enfermos que llegaban en consulta que hube de establecer mi sala de recibo y mi clínica bajo un bello árbol de mango del parque.

Desde el primer día que llegué a la isla se me dio confianza como médico de parte de los indios que componían la población. No sólo fiebres —mi especialidad— y contusiones externas venían a consultarme, sino también con fracturas musculares de muchos años y enfermedades de parientes que vivían lejos y vinieron a ser objeto de mi ilustrada opinión. De nada servían mis protestas y todos querían consultar al maravilloso doctor que no exigía pesos duros, —un peso duro, la moneda en curso, es de un valor algo menor que un dólar— sino sólo animales y hierbas raras, como precio de sus consejos y medicinas.

No habían pasado muchos días en Ometepe antes que mis investigaciones naturales se dirigiesen ahora hacia un nuevo campo: el arqueológico. Aquí me encontré en uno de los lugares principales de la civilización que imperaba en Nicaragua a la llegada de los españoles y que fue por ellos tan completamente arrasada que es uno de los capítulos más negros de la negra historia antigua de América.

Entre los muchos indios que como coleccionadores o pacientes entraron en contacto conmigo, se encontraban algunos que podían indicar los sitios donde habían sido encontradas antigüedades en excavaciones fortuitas. Estas indicaciones las apunté cuidadosamente y las señalé sobre un mapa de la isla. Pocos de esos lugares tuve la oportunidad de visitar y en más

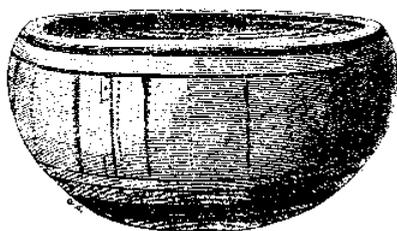


Fig. 68. — Cerámica de Ometepe.

pocos aún pude organizar excavaciones sistemáticas. El premio no fue realmente tan rico como yo lo había esperado, pero pude conseguir algunos objetos interesantes para mi colección. Reproduzco aquí algunos de esos objetos junto con otros de Zapatera para mostrar la similitud entre ellos. (Figs. 68, 69, 70 y 71).

El grabado es de un recipiente de barro bastante grueso, pintado en un color crema-rojo pálido con líneas grabadas y ornamentos punteados de un color café oscuro. Los colores están particularmente bien conservados. Otra pieza muestra un fragmento de una gran urna en forma redonda pintada en café con ornamentos grabados. Otra es de una de las patas de grandes vasos o recipientes con tres patas pintadas en rojo. Otra de las piezas es una figura humana sentada con las manos en jarras, fragmentos de esta especie no son raros. Es de barro pintado en tres colores sobre un fondo amarillento. Otra pieza representa la cara de un hombre o de un mono, sin duda fragmento de un recipiente. Otra es un recipiente bien conservado, ovalado, con su tapa; es café obscuro rojizo con ornamentos en relieve pintados en negro y blanco. En dos de las excavaciones se encontraron pequeñas estatuas de metal. No provienen, naturalmente de las mismas culturas que los objetos de barro, las de los antiguos niquiranos, sino de una época anterior o posterior al período español. Sin embargo, no es imposible establecer, en lo que se refiere a un amuleto, que haya sido elaborado por trabajadores indígenas de Nicaragua o de otra parte de la América española. Me recuerda mucho la imagen de la Virgen del Noreste de Costa Rica, de la cual hablé anteriormente. La mayor parte



Fig. 69. — Estatuillas y fragmento de cerámica.

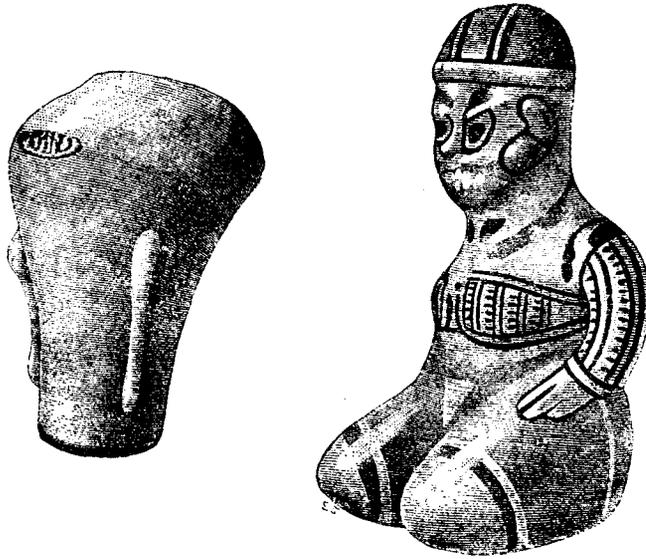


Fig. 70. — Figurilla de barro, Ometepe.

de estos lugares donde encontré antigüedades creo hayan sido cementerios. Un par de ellos tenían lo que probablemente fueron templos o lugares de sacrificio. En general, los indios daban, con sumo desagrado, informes de los lugares donde se encuentran antigüedades, incluso hay conocimientos de casos en los que han enterrado o escondido antiguas estatuas de dioses, entre otras cosas. Estoy convencido que era sólo el sentimiento de amistad, con el que desde el primer momento se me recibió, lo que me permitió reunir estas informaciones sobre el particular.



Fig. 71. — Olla con tapa, Ometepe.

Antes de ir más lejos en la narración de mi estadía en la isla, sería oportuno dar algunas informaciones topográficas sobre esta joya de Nicaragua. (Fig. 72).

Se encuentra en la parte Oeste del Lago de Nicaragua, al frente del Istmo de Rivas, la parte más estrecha del corredor de tierra que une el Oeste de

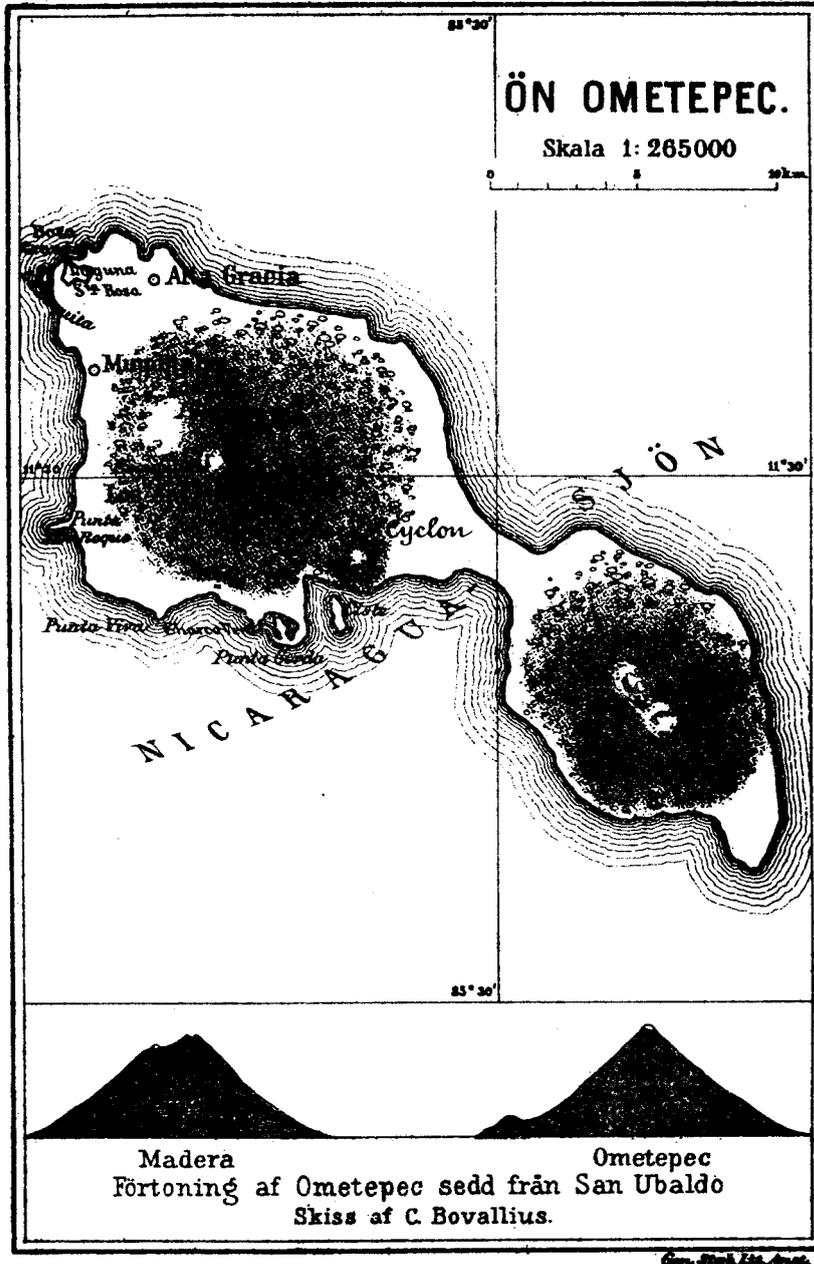


Fig. 72. — Isla de Ometepe.

Nicaragua con el Guanacaste. El brazo de mar que la separa de la tierra, tiene de 10 a 15 kilómetros de ancho, siendo más estrecho al Norte. La isla puede decirse con razón que es una doble isla, porque se compone de dos majestuosos volcanes, unidos por una estrecha faja de tierra no más de 1.6 kilómetros de ancho. La longitud total de la isla —su eje longitudinal va del Noroeste al Sureste— es de 31.8 kilómetros y su anchura mayor es de 18 kilómetros. El volcán en la parte Norte y más grande de la isla se llama vulgarmente Ometepe, lo mismo que toda la isla, pero recibió de los conquistadores españoles el nombre de “Cerro de la Concepción”. La parte Norte de la isla es casi tan ancha como larga, 18 por 18.5 kilómetros. El Volcán Ometepe se distingue por su forma regular, cónica, enteramente simétrica y es por esto tal vez el único en el mundo. Tiene una altura de casi 1,700 metros; en la cima del excepcionalmente pequeño cráter, se encuentra o más bien se encontraba, un pequeño lago, porque apenas tres meses después que hube abandonado la isla, después de un reposo de 400 años, el volcán hizo una violenta erupción que destruyó una parte de la ciudad más importante de la isla, Altagracia, y las haciendas vecinas. Desde la base a la cima están las laderas del volcán cubiertas de una notable vegetación o bosques, con excepción de una parte del lado oeste, que desde los 200 metros de altura hasta los 1,100 metros, se encuentra cubierta de una rica alfombra de pastos y atravesada de diferentes hondonadas a través de las cuales, al fin del periodo de lluvias, cuando la pequeña isla nada en sus riadas, el agua se precipita abajo de las laderas casi cortadas a pico, pero que generalmente es absorbida por el suelo poroso antes de que llegue a la costa del lago.

La faja de playa que baja lentamente hasta el lago que tiene varios kilómetros de largo al lado norte y este de la isla, es extraordinariamente fértil y hasta relativamente bien cultivada. Al norte se encuentra la ciudad más importante de la isla, Altagracia, una ciudad indígena auténtica con dos o tres mil habitantes. Al lado noroeste del volcán se encuentra Moyogalpa, cuya población, de más o menos 1,200 habitantes, tiene una mayor cantidad de mestizos. En la playa oeste, al sur de Moyogalpa, está el tercer pueblito: Los Angeles, que no tiene más de tres a cuatrocientos habitantes. Entre estos tres sitios principales, la tierra se encuentra dividida en una cantidad de haciendas, generalmente mal explotadas y de huertas más pequeñas, llamadas “posesiones”, donde se cultiva maíz, arroz, caña de azúcar, tabaco y bananos, dando cosechas insuperables. El lado este de la isla, donde la faja de playa es más angosta, está formado en su mayor parte de selva virgen. La parte sur de la alargada isla la ocupa el Volcán Madera, el cual, a pesar de no ser tan regular de forma como el Ometepe, es uno de los más bellos macizos de volcanes que se conocen. Está cubierto de selva virgen en toda su extensión, desde la base hasta la cumbre. Numerosos torrentes o arroyos bajan de su cima pero no se abren paso a través de la alfombra verde que cubre sus laderas. La cumbre misma es menos aguda que la del Ometepe y muestra una cima norte más alta y otra sur más baja. Entre ambas se encuentra un lago-cráter bastante considerable.

La playa alrededor del volcán es más rocosa y de acceso más difícil que la parte norte de la isla, y por lo tanto más escasamente habitada y cultivada. Esta parte sur de la isla no tiene tampoco ningún pueblo o villorrio importante. Mide 13.4 kilómetros de largo por un ancho de 8 kilómetros.

Moyogalpa tiene una posición particularmente bella frente a la playa del largo brazo de mar dulce que separa la isla de la región de Rivas. Detrás de ella, forma el majestuoso volcán el más maravilloso trasfondo que se puede desear. El suelo se inclina bastante rápidamente hacia el lago, lo que da fácil desagüe a los violentos chubascos del período de lluvias.

Las casas son, por lo común bien construidas, de tablas de cedro o de adobes, algunas con techos de tejas, la mayoría están cubiertas con techos de palma. En las afueras de la ciudad se encuentran chozas redondas. Cada casa tiene un gran jardín o huerta, por lo común detrás de la casa, mientras los edificios, al contrario de la costumbre indígena, están construidos generalmente a la orilla de la calle. La casa del párroco o "cura" es enteramente sin pretensiones, pero la más adornada de todas. La iglesia se encuentra en la parte norte de la ciudad, un pequeño edificio antiguo pero elegante, hecho de adobe. Las calles son naturales, es decir no se ha hecho intento alguno de empedrarlas, ni otra forma de cuidarlas se descubre, aunque sin embargo bien lo necesitan; porque el mayor desagrado para los habitantes de la ciudad es el polvo fino, negro, que por todas partes penetra y que sin que se pueda impedir, se levanta a la menor brisa fresca que viene del volcán o del lago.

El clima de Moyogalpa y de toda la isla es excelente y mucho más salubre que el de la tierra firme frente a ella; además, se tiene en las laderas del volcán posibilidades para establecer sanatorios donde se puede escoger, al gusto, condiciones favorables de temperatura.

La autoridad es un Alcalde que tiene a su disposición seis soldados. Estos raramente llevan sus armas y trabajan como peones dentro o fuera de la ciudad por un salario. El costo de vida es barato y la manera de vivir muy sencilla, sin diferencias de rango entre los habitantes de colores diferentes.

Después de haberme orientado en los alrededores más inmediatos de Moyogalpa, hice excursiones a caballo y a pie más o menos largas. Me conseguí un bote para hacer viajes a lo largo de las costas de la isla. Mi tripulación se componía de dos indios puros, de los cuales uno, López, mostró una tal habilidad como coleccionador y preparador, que ocupó ese puesto durante todo el tiempo que estuve en la isla. Algunos ensayos de pescar con red barredora —atarraya— me dieron por resultado arena negra volcánica sin vida animal aparente; continué por la costa hacia el sur, para encontrar sobre la playa una compensación a la pobreza del fondo del lago.

En la punta de San Roque, uno de los cabos más dignos de curiosidad, desembarqué a tirar cocodrilos. Esta punta es una lengua de tierra de

300 a 400 metros de largo, más o menos, y de dos a tres metros de ancho, de tierra volcánica negra, y de arena negra que continuamente cambia. Allí rompe un oleaje continuo, a veces fuerte, a veces suave, pero siempre peligroso para pequeños botes. En lugar de pasar alrededor de la punta resolvimos acarrear nuestro bote por encima de la lengua de tierra, lo que fue fácil hacer, ya que ésta no sobresale del agua a más de un metro de altura. Un cocodrilo de tres metros de largo se arrastró arriba de la punta; le disparé; cayó inmediatamente al agua, pero haciendo un supremo esfuerzo, subió de nuevo sobre la punta para morir.

Me fue posible hacer varias preparaciones anatómicas. Los indios estaban particularmente interesados en tomar posesión de la grasa, en especial de las partes que se encuentran en la base de la cola. Dijeron que era un remedio excelente, entre otros males, contra las heridas.

Desde la playa entre San Roque y Moyogalpa, pude ver plantación tras plantación, separadas por cercas de cactus, imposibles de cruzar, o por estacadas de cedros y otras maderas preciosas.

Como el sol era muy fuerte y como estábamos sedientos y hambrientos, compramos en una de esas plantaciones un racimo de cocos verdes por menos de dos ore cada uno. (El ore es 1 centavo sueco. Un centésimo de corona. Nota del traductor). El agua y la carne, en forma de gelatina en las frutas aún no maduras, son uno de los manjares más refrescantes y nutritivos que ofrecen los trópicos. Era sorprendente encontrar palmas de coco —ésta amante fiel del mar— en las playas de un lago, pero se explica, porque la brisa del mar sopla constantemente sobre la relativamente baja y estrecha tierra y les lleva las caricias marítimas.

Al día siguiente, temprano por la mañana, di un paseo por el camino principal de la isla, entre Moyogalpa y Altagracia. Fue una gira agradable por la fresca y sana brisa de la mañana y el paisaje sonriente y variado. Del volcán sólo tuve una rápida visión, cuando una racha de viento fuerte desgarró un jirón del manto de nubes. De regreso, algunas horas más tarde, se mostraba la verde montaña en todo su esplendor, sólo en la cabeza llevaba su gorro de nubes, blancas como la nieve, brillantes, envolviendo graciosamente la forma regular del cono.

A ambos lados del camino había una fila casi interminable de “posesiones”, propiedades cuidadosamente divididas: un potrero, un plantío de maíz, de caña de azúcar, una plantación de tabaco, etc. Aquí y allá pasaba el camino por una hondonada angosta y profunda, sin una gota de agua, a pesar de que nos encontrábamos al fin del periodo de las lluvias. Visité varias de las pequeñas y aireadas casitas; la mayor parte estaban construidas a la manera indígena, es decir, paredes de caña y techos de y se me invitó a un “tiste” o un “cigarrillo”. Nerón fue obsequiado con bananos maduros o tortillas de maíz. El interior de las casas era, casi zacate u hojas de palmeras. En todas partes se me recibió amablemente sin excepción, sencillo y limpio, aún cuando los bienes de la familia fuesen

pocos. Los miembros más pequeños andaban, naturalmente, desnudos pero limpios y rebosaban de buena salud y alegría. Los indios de mayor edad tenían, por el contrario, una actitud reservada y a pesar de que eran, a la vez, amables y serviciales, había en su manera de ser algo tímido y huraño que sin duda se debe a una peculiaridad adquirida y heredada bajo la dura opresión de los españoles. Me pareció más marcada entre los indios de Ometepe que entre los indios de Masaya, de Rivas, Subtiava, Chinandega u otros lugares donde tuve oportunidad de estudiarlos viviendo en comunidades. Aún el tipo de cara es distinto y no es, por lo tanto, imposible que los indios de Ometepe sean los últimos descendientes de los Niquiranos. Esto se refuerza por las pocas pruebas que se tiene del dialecto que hace más o menos 100 años se hablaba generalmente en Ometepe. Es un dialecto azteca. El nombre mismo de la isla es azteca: "ome" significa dos y "tepec" o "tepetl" cerro y puede por lo tanto libremente traducirse: "la isla de los dos cerros".

Hasta ahora no se ha podido, con las antigüedades encontradas en la isla, demostrar de manera segura que ésta y las regiones vecinas hayan sido habitadas por gentes de cultura azteca o derivada de los aztecas, pero esto se debe principalmente a que sólo una parte de Ometepe ha sido explorada y a que los monumentos más grandes, como estatuas, inscripciones y pinturas sobre las laderas de las montañas no han sido puestas en exhibición y, por lo tanto, no se les puede comparar con formas aztecas ya conocidas.

Una vez que me refugié en una choza, huyendo del sol cada vez más fuerte, se oyó en una huerta o vergel vecino, un gran alboroto de urracas (*Callicitta bullocki*), picazas de Nicaragua, que chillaban de manera aguda y que eran coreadas por los ladridos de los perros. Cuando fui al lugar, me encontré un tropel de monos que se estaban robando los huevos de los nidos de las pobres urracas. Eran los monos de una especie de los llamados "mono-araña" (*Ateles geoffroyi*), (Fig. 73), sin duda alguna la más ágil y la más hábil de todas las especies de mamíferos que viven en los bosques de los trópicos americanos, y no me cansé de mirar, admirándolos, los ejercicios de acróbatas equilibristas que el tropel ejecutaba. Interpe-lándose continuamente, peleando y chillando, saltaban de rama en rama, tan repetida y tan fácilmente, como corre una liebre por el suelo. Uno se tiraba de la cumbre de un árbol a las ramas de otro, a una distancia de más de 10 metros, a menudo agarrándose con una sola mano; otro se colgaba, de los pies y de la larga cola, de una rama y nos hacía las más cómicas muecas a nosotros que desde abajo seguíamos con la vista su alegre zarabanda. Sus gestos nos hacían una impresión aún más divertida porque parecía como si se hubiesen puesto grandes guantes negros. Las manos son negras hasta algunos centímetros encima de la palma de las manos, mas arriba, el color de los brazos, lo mismo que el del cuerpo, es de un café más o menos oscuro.

Cuando Nerón se acercó y mezcló su profundo tono de bajo al coro, irri-tado, rabioso y agudo de los perros de los indios, se concentró la atención



Fig. 73. — **Mono-araña** (*Ateles Geoffroyi*).

de los monos sobre él. Se reunieron en un árbol de sapote (*Achras sapota*) al pie del cual estaba Nerón y le comenzaron a tirar frutas y ramas, de manera que por algunos momentos llovieron los proyectiles a su alrededor. Un viejo mono, de barba blanca, saltó a una de las ramas inferiores y se colgó de la misma con sólo la punta de la cola, se balanceó de atrás para adelante a algunos metros sobre la cabeza de Nerón, exactamente en la posición en que se representa en el grabado. Furioso saltó el perro una y otra vez contra su malicioso contrincante, hasta que éste encontró prudente, con una voltereta de las más graciosas que se pueda imaginar, lanzarse a una rama más alta, donde por un largo rato, con chillidos y gestos amenazantes, vació todo el contenido de su enojo sobre Nerón y nosotros. Tan pronto como tomé la escopeta de mi hombro, se apresuraron los monos, como movidos por una corriente eléctrica, a subirse a las partes más altas de los árboles, escondiéndose tras los troncos y ramas sin hacer el menor ruido. Tan pronto como me eché de nuevo el arma al hombro, volvieron de nuevo a su bullicioso regocijo.

Algunas de las hembras llevaban crías, una por hembra. La cría, por lo general, se colgaba de la espalda de la madre con los brazos alrededor del cuello. La hembra no parecía, de manera alguna, incómoda por la carga, y se tiraba de rama en rama y saltaba por los árboles con la misma facilidad y agilidad que los otros. Yo había pensado tirar alguno de la banda,

pero decidí que no sería caballeroso de mi parte, ya que ellos nos demostraban tanta confianza, e irritado contra la suerte que me había colocado en tan difícil situación, decidí esperar otra ocasión.

De repente cayó al suelo una cría, que probablemente en alguna de las evoluciones de la madre había perdido su asidcro y ahora yacía en el suelo gritando a más no poder. La jauría entera de perros se lanzó con las fauces abiertas sobre el pequeño animal, mas Nerón mantuvo el mando: parado encima de la cría mostraba los dientes y gruñía a manera de advertencia; los otros perros se retiraron humildemente con las colas bajas. Nerón, entonces, cogió en el hocico a la cría con cuidado y me la trajo.

De nuevo se reunió toda la banda de monos sobre nuestras cabezas con gritos y gestos amenazadores. Cuando yo extendí al pequeño, que se retorció, al mono más cercano que pensaba sería la madre, huyeron todos de allí, como si temiesen algún irritado castigo y desaparecieron en un arroyo vecino. La cría que no tenía más de dos meses de edad, y era algo más grande que una ardilla corriente, la conservé viva algo más de dos semanas. Se volvió muy mansa y comía bananos maduros y otras golosinas de mi mano.

En la región noroeste de la isla se encuentra una pequeña laguna interior: la laguna de Santa Rosa, de la cual los indios hablaban como de un lugar favorito para observar pájaros marinos y aves zancudas. El primer día que el Lago de Nicaragua mostró una superficie algo tranquila, me fui allá en bote con mis dos indios, López y Gregorio. La playa norte era más ancha y más accesible que la sur. Enormes árboles parecidos a las mimosas alargaban sus cimas coronadas por encima del agua y bajo su fresca sombra hicimos buena parte del camino. En La Boquita, la punta noroeste de Ometepe, nos encontramos ante un bello panorama; inmensos árboles y matorrales de múltiples raíces se extendían largamente sobre el agua, de manera que remábamos como en un jardín. La profundidad del agua era allí de uno a tres metros. Cuánto más agradable, más bello y más rico en variados aspectos era este panorama que el que ofrecen las monótonas, y a menudo de difícil acceso, palizadas de mangles en las bocas de los ríos y en las riberas de las islas de ambos océanos. Cuando hubimos doblado La Boquita, llegamos a la ensenada, grande, abierta hacia el norte que se llama Boca Grande, a pesar de que no tiene ninguna entrada de aguas.

Dejamos nuestro bote sobre la pequeña banda de tierra que separa el Gran Lago de Nicaragua de la Laguna de Santa Rosa. Esta es una de las lagunas pequeñas más bonitas que yo haya visto. Apenas de un kilómetro de largo, es en la parte más angosta de 50 metros y en la más ancha de 250. Árboles de elevados troncos, salvajes y viejos, se alzan sobre su orilla, pegados los unos a los otros y extienden sus copas como un techo sobre la tranquila superficie del agua. Sólo por aquí y por allá muestra

la laguna su espejo brillante, pues por largos trechos está cubierta de una verde alfombra compuesta de una pequeña planta acuática *Hydrocánida*, con hojas como cubiertas de esplendoroso terciopelo. En los sitios más secos aquella está reemplazada por otra planta acuática de grandes dimensiones que forma un tejido tan espeso que es casi impenetrable para los botes. Allí habían enjambres de pijiriches (*Parra gymnostoma*) de alas color anaranjado sobre modestos trajes color café. Vagaban alrededor de nosotros, sobre el piso de hojas que se balanceaban, con tanta facilidad como si fuese tierra firme.

Había una gran cantidad de árboles y matorrales, cedros y mangos se encontraban tan bien adaptados como si fuesen plantas acuáticas. Mimosas, variadas especies de hibiscus y una planta alta de tronco recto con brillantes flores color amarillo subido, se sucedían las unas a las otras para formar el marco al apacible cuadro.

Y qué abundancia de pájaros! Grandes martin-pescadores (*Ceryle americana*), de dorso azul, volaban a nuestro alrededor, dando agudos chillidos como risas, persiguiéndose los unos a los otros. A veces se posaban sobre un bejuco, balanceándose repetidamente, se podía creer que iban a caerse de cabeza debido al grande y pesado pico, pero mantenían su equilibrio con vivos aleteos y movimientos monorrítmicos de la pequeña y corta rabadilla.

En una extremidad de la laguna habían matorrales decorados de guirnalda de garzas de colores que variaban entre el de la nieve y la plata. Cuando nos acercamos, se alzaron todas de una vez y se dispersaron como una nube polvorosa y brillante, volando muy alto por encima de nuestras cabezas. Una que otra de las grandes garzas blancas se posaba en completa soledad en algún sitio dominante y no se alzaba de allí sino en el último momento, confiada en sus poderosas alas.

Un moderado gorjeo se dejó oír en la enramada más espesa encima de nosotros y con pasos largos, cuidadosos, se dejó ver un "correo" (*Nyctiardea grisea*), la garza nocturna; avanzaba entre la vegetación, mirando con cautela a su alrededor y escondiéndose al menor ruido tras algún tronco. Sólo en caso de necesidad hacía recurso de sus alas, para desaparecer inmediatamente como un halcón nocturno en la más espesa cima de los árboles, desde donde no dejaba de dar a sus camaradas agudos chillidos de alerta. Gavilanes, y uno que otro halcón, volaban velozmente sobre las copas de los árboles, ciertamente inquietos y molestos por nuestra intrusión en sus ricos cotos de cacería.

Una pequeña y elegante garza (*Botaurus stellaris*) voló ansiosamente por allí, siguiéndonos con agudos y nerviosos chillidos a una distancia respetuosa dentro de su propio ambiente, mas cuando pasábamos, él huía sólo para ser reemplazado por otro camarada igualmente incansable.

Aquí y allá, en las cimas de los árboles, se divisaba una garza real (*Eurypyga major*), posándose siempre en lugar seguro con un vuelo tranquilo y majestuoso, mucho antes de que pudiéramos pensar en hacer una amistad más completa. A veces en las más espesas enramadas, arrullaban las tórtolas, sin perturbarse por las ruidosas urracas, las cuales, a veces conversando, a veces riéndose, a veces silbando como que coqueteaban mostrándonos sus largas, azules y brillantes colas y altos, blancos y azules copetes.

Carpinteros, golondrinas, alondras, gorriones, trogonidas y zanates tenían aquí sus nidos. Entre ellos parecía como si la tijereta (*Milvulus*) estuviese apenada de su larga cola partida en dos. Murciélagos de pequeñas alas, volaban de aquí para allá, creyendo que no se les veía porque aún era de día y porque, en fin, sus vuelos no tenían propósito alguno. Pero a mis ojos, el habitante más interesante de la laguna era la "Coaca" (*Crocroma cochlearia*), una garza de ancho pico en forma de bote con una bolsa en su parte inferior. Fue aquí donde por primera vez pude ver esta curiosa zancuda; con su ancho, grande, y si puede decirse, finamente labrado pico, es, sin duda alguna, uno de los tipos más bizarros que uno puede encontrarse, mas de ninguna manera es un ave disforme o desproporcionada como, por ejemplo, el tucán.

En los lugares menos hondos de la laguna, sin ruido, se paseaba la "Coaca", cogiendo con rapidez asombrosa pececillo tras pececillo. No pudimos, sin embargo, observarla mucho tiempo, pues con el movimiento inoportuno de un canaleta, desapareció con rápidos, fugitivos pasos entre raíces y bejucos, dejando después oír su estridente reclamo.

Detuvimos el bote en la raíz de un venerable cedro, me trepé a las ramas inferiores y me arreglé un conveniente lugar para tirar. Los indios y Nerón en el bote, se escondieron entre los espesos matorrales de la vecindad y desde mi lugar escondido tiré, en menos de dos horas, 18 pájaros grandes en rápida sucesión, casi todas piezas nuevas para mi colección, entre ellas un pequeño y bello ejemplar de "águila pescadora" (*Rosthramus hamatus*), y por último, un ejemplar de la "Coaca". Ahora que ya tenía trabajo suficiente para mí y para Boström para todo el día siguiente, no tiré más pájaros, mas no me cansé de vagar tranquilamente por este maravilloso paraje acuático, donde con cada mirada tenía uno la posibilidad de hacer interesantes observaciones.

En este idílico paraíso debían también encontrarse los poderes malignos. Estos estaban representados por los cocodrilos y las serpientes. Tiré seis cocodrilos jóvenes, —no habían adultos o se mantenían escondidos— de $\frac{3}{4}$ a 1 metro y medio de largo, y era un espectáculo de lo más cómico ver a Nerón tirarse al agua y recobrarlos. Medio vivos como estaban, —casi nunca tiraba a matarlos— se retorcian en el hocico de Nerón, abriendo y cerrando sus largas mandíbulas, dotadas de agudos dientes, y pegándole al perro con sus poderosas colas. Nada, sin embargo, lo podía inducir a

soltar su presa; los llevaba hasta el bote, donde se les amarraba a una cuerda y con una cuchillada en la nuca terminaban sus vidas.

Del "Coralito" (*Elaps corallinus*), una víbora, obtuve un bello ejemplar adulto de cerca de 70 centímetros de largo. Está elegantemente adornado con bandas rojas y negras alrededor del cuerpo. Cuando lo ví entre los matorrales de la playa, estaba precisamente en vías de tragarse una rata; sólo la parte posterior del cuerpo de la rata estaba fuera de las fauces de la serpiente. Pude, por lo tanto, sin dificultad alguna atravesarle la cabeza contra el suelo con mi puñal para serpientes, un angosto y puntudo estilete, antes y después manchado por la sangre de muchos reptiles. Después de cinco minutos de retorcerse y agitarse con todo el cuerpo, murió el animal sin haberse podido librar de su desagradable estaca. Después pude comprobar que aún la rata había sido atravesada por el puñal y que por lo tanto era completamente imposible para la serpiente el soltar su presa. También fue esta una de mis experiencias menos peligrosas con serpientes durante el viaje.

Cuando ya pensábamos abandonar la laguna, oímos en la playa el grito de un "mono congo" (*Mycetes palliatus*), (Fig. 74). Me apresuré a bajar a tierra y tiré al jefe de la pequeña banda, un viejo macho, de formas bien desarrolladas. El tropel apenas si se mostró atemorizado, sino más bien irritados, y a pesar de que huyeron con rapidez, cada vez que guardaba la escopeta, volvían más cerca gritando sus tristes lamentos que se oían desde lejos. Eran de la misma especie que ya antes había tirado en Costa Rica y en el río San Juan. Hay otra especie que existe en Centro América pero hasta ahora no se ha encontrado tan al sur como Nicaragua.

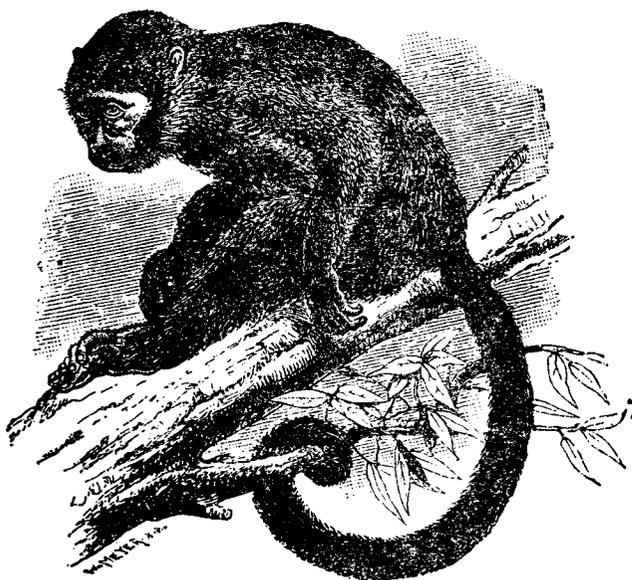


Fig. 74. — **Mono-congo** (*Mycetes palliatus*).

En el mismo sitio donde cayó el mono, encontré una rareza botánica, una "*Aristolochia grandiflora*", de flores gigantes. Crecía como un bejuco con las raíces enterradas en parte en la raíz de un *Ficus*. De allí subían dos troncos de 3 centímetros de grueso entrelazados el uno con el otro hasta las ramas del árbol, donde se separaba cada cual siguiendo su rama; a menudo subían a lo largo de esta en varias vueltas; ramas laterales mostraban las hojas y las enormes flores que medían algo más de 30 centímetros de diámetro. En el interior tenían un color lila aterciopelado y en el exterior mostraban sobre un fondo pálido de cera unas manchas redondas. Este ejemplar tenía 11 de estas flores gigantes y más o menos 20 botones verde-amarillos.

Con el bote enteramente cargado dejamos la laguna de Santa Rosa y pusimos el timón rumbo a Moyogalpa. El fuerte viento noroeste había levantado un oleaje tan violento que apenas pudimos pasar La Boquita y el bote se llenó de agua. Después nos encontramos con un oleaje menos fuerte y seguimos todos los contornos de la playa hacia el sur. A pesar de mi rico botín de caza, no pude contenerme de tirar algunos ejemplares de la garza azul; caían lejos, lago adentro, pero Nerón las recobraba sin dificultad, pero cada vez que regresaba al bote me daba un baño frío.

Cuando llegué a mi habitación, encontré a un indito que me había esperado un par de horas. El objeto de su visita era dejarme tres huevos de gallinas como honorarios de un paciente con calenturas que había mejorado. Además, debía darme el clásico recado, que el hombre en cuestión tenía más huevos de venta, a cinco centavos cada uno. (Un centavo es casi tres y medio ore).

Algunos días más tarde, cuando estaba pensando abandonar la ciudad en una semana más, vino el Alcalde, un indio viejo, acompañado de cuatro de los más importantes notables del poblado, y me propuso con toda seriedad que me quedara allí como médico. Se comprometía a construirme una casa y a cultivar lo que necesitase para mi mantenimiento. Aunque muy adulado me vi obligado a declinar este honor.

Capítulo XXII

OMETEPE. EL VOLCAN. CHARCO VERDE

Seguido de López, hice una mañana un viaje a caballo hacia el sur. De la dueña de casa había tomado prestado un caballito que tenía el nombre prometedor de "El Vapor" y pronto pude constatar que este nombre encerraba la ironía más profunda. Sólo por unos minutos podían las espuelas y el látigo despertarlo de su letargo habitual. Por el lado oeste del volcán la tierra se revestía en la forma de una sabana extensa con muchos bosquesitos. Una gran parte del terreno es usado como potrero y una pequeña parte para plantaciones. En la primera se encontraban numerosos rebaños de pequeñas pero bien cuidadas reses. Por aquí y por allá se veía al borde del camino un limpio y cuidado rancho rodeado de un jardín con muchas flores. El volcán se alzaba en lo alto, por sobre nuestras cabezas, como un poderoso señor sobre la tierra a sus pies, con un rebozo de blanca nieve colgando desde la cima hasta la mitad de sus laderas. A primera vista se podría creer que aquello era un campo de nieve si el calor no nos hiciese inmediatamente olvidar esas fantasías.

Pronto llegamos al lugar que queríamos visitar: el pueblecito o aldea de Los Angeles. Esta se componía de 20 ó 30 chozas grandes y entre ellas una pequeña, bien construida iglesia de tablas de cedro bajo un techo de tejas. Fuera de la iglesia se encontraban erectas dos estatuas de dioses o de gigantes de tiempos de los Niquiranos. Eran de tamaño menor que el de un hombre, sentados, con brazos excepcionalmente largos y con las manos descansando sobre las rodillas, las piernas eran desproporcionadamente cortas. Encima de la cabeza tenía una de las figuras una gorra o casco representando una cabeza de jaguar; la otra, una cofia en forma de turbante. Eran monolitos cortados en basalto negro vítreo. Visité la mayor parte de las casas para obtener informes sobre las antigüedades, pero en general obtuve respuestas evasivas. Probablemente mi fama no había llegado aún hasta Los Angeles.

Inmediatamente fuera del pueblo tiré, desde mi cabalgadura, "un mico" —un mono-araña—. Esto fue demasiado para "El Vapor" y se lanzó al galope. Lo paré metiéndolo directamente dentro de una cerca de cactus —cardones— lo que probó ser un tranquilizante inmediato.

De Los Angeles bajamos a caballo hasta la playa, la seguimos por un trecho y después seguimos un camino más corto de regreso a Moyogalpa pasando por el pueblo de Esquipulas. Este es, más o menos, del mismo tamaño que Los Angeles, pero da una impresión más agradable, debido a que todas las casas se encuentran engarzadas en huertas y jardines más bellos. Los habitantes parecen más acogedores y prósperos que los de Los Angeles, y me obligaron a detenerme por un rato para atender a uno de ellos que se había maltrecho al caerse de un árbol. No tengo ninguna razón de quejarme del atraso porque me dieron muy buenos informes sobre zoología y arqueología; y cubierto de flores y regalos de mis huéspedes, me dirigí de regreso a Moyogalpa, puesto en camino por un grupo de la alegre juventud del pueblo.

Camino a casa me encontré con dos cazadores dominicales indígenas, que con alegría aceptaron mi propuesta de traerme, a cambio de una recompensa en dinero contante, los animales de interés que pudiesen tirar. En su entusiasmo querían que yo los siguiese inmediatamente hasta un lugar muy bueno para la caza. Rehusé, sin embargo, de la manera más urbana la invitación porque me pareció que sus armas eran más peligrosas para los tiradores mismos y sus invitados que para sus presuntas víctimas.

Ya referí que mi colección se había aumentado con un monito, pero se me había olvidado narrar que Nerón había recibido un camarada en Granada con el que tenía dificultades en mantener buenas relaciones. Era un leoncito (*Felis eyra*), (Fig. 75), que compré a unos inditos que lo habían cogido con una trampa para "guatusas" o "agutíes" (*Dasypocta isthmica*) en la vecindad de la ciudad indígena de Diriamba. Hice una pequeña jaula para él y lo alimenté con pajaritos y carne de mono, etc. Se hallaba muy bien y se volvió tan manso que comía de mi mano y aun lo podía llevar conmigo amarrado de una cuerda. Era uno de los más bellos y graciosos de todos los digitigrados y desarrolló una gran fuerza a pesar de su

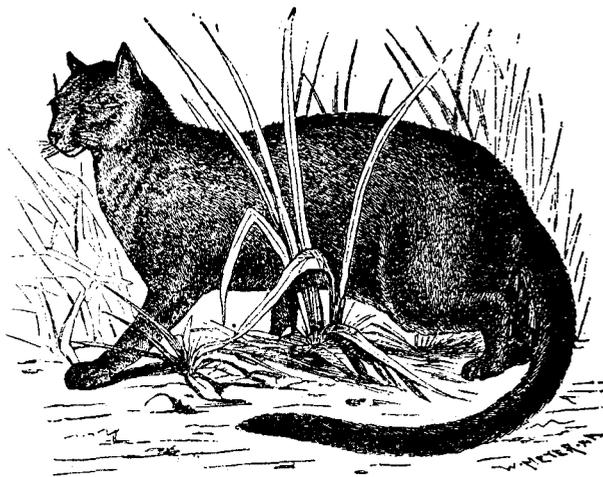


Fig. 75. — **Leoncito** (*Felis eyra*).

pequeño tamaño, que no es mayor que el de nuestros gatos domésticos, pero tiene una cabeza más pequeña, más fina, y las formas del cuerpo más largas y más delicadas. El color es rojo café, algo más oscuro que el del puma, sin manchas o rayas. Su propio ámbito es el de los trópicos de Suramérica. Al norte de Panamá es muy raro, y por lo que sé no lo habían encontrado antes en Nicaragua. Lo llevaba conmigo durante un mes en todos mis viajes y tuve mucho placer en su compañía, hasta que un día —esto era en Charco Verde— se aprovechó de la ocasión que López había olvidado cerrar la puerta de la jaula para fugarse ante mis propios ojos. Mandé a Nerón tras él, pero rápido como el relámpago se subió a un árbol, de allí saltó audazmente a otro, y en unos pocos segundos había desaparecido en el espeso bosque.

Ya tenía 10 días de estar en Moyogalpa, pero no había visitado aún al “Cura” del lugar, por lo que no me dejó de causarme algún embarazo cuando el Padre, seguido de un chiquillo desnudo que lo acompañaba, llegó a mi pieza de trabajo a hacerme una visita. Después que los más ceremoniosos saludos y seguridades de respeto mutuo fueron cambiados entre nosotros, se sentó el Padre en mi hamaca y comenzó su sermón diciendo que a pesar que él sabía que yo era un “herético” me hacía una visita para darme informes sobre la historia de Ometepe y su naturaleza. Sus teorías sobre el largo reposo del volcán, sobre los habitantes primitivos de la isla, sobre su fauna y su flora, eran muy audaces. Mi educación y buenos modales de dueño de casa me impidieron, sin embargo, hacer otra cosa que vacíos y débiles comentarios.

Le presenté a Nerón, pero cuando el Padre supo que era de la raza San Bernardo, se puso muy enojado y declaró que era un sacrilegio llamar una raza de perros con el nombre de un Santo. Cuando le hube dicho un colorido discurso sobre los humildes y mansos monjes del Hospicio y sus hazañas y las de sus perros en favor de los viajeros en apuros en los pasos nevados de los Alpes, se puso un poco más tranquilo e hizo la reflexión que sin el auxilio de los santos monjes y de sus mansos perros todo tráfico entre Europa e Italia sería imposible, y por lo tanto Su Santidad el Papa, en Roma, no podría recibir oportunamente sus diezmos. Para hacer desaparecer la última impresión de burla en materia de la profanación del nombre del Santo, declaré que Nerón era tanto menos culpable por el nombre que llevaba que sus antepasados, ya que le había dado el nombre de uno de los más crueles emperadores paganos. Esto lo encontró el Padre bien hecho.

Después de un buen rato de conversación y después de que yo decidí regalarle una buena pipa de Upsala y una botella de ron, nos separamos como los mejores amigos.

Por la tarde le devolví la visita y recibí durante una hora más toda la sabiduría especulativa del Padre. El era un indio de sangre casi pura, a pesar de que él decía que corría por sus venas mucha sangre de “ladino”. (Se llama “ladino” en Nicaragua y en las otras repúblicas centroameri-

canas a los hijos de blancos e indios, lo mismo que a sus descendientes). La gran mayoría de los curas o sacerdotes rurales que vi en Nicaragua eran indios puros o de una raza fuertemente mezclada de indio, pero sí es una cuestión de honor para la gente de color reclamar para sí tanta sangre blanca como es posible, la etiqueta exige que no se muestre ninguna sorpresa, cuando uno que otro amigo, color de bronce, hable de "nosotros los blancos".

En parte para estudiar la vida animal más arriba de las laderas bajas del volcán, en parte para corregir desde lo alto un mapa que había hecho yo de Ometepe, decidí instalarme por algunos días en un lugar favorable, tan alto como fuera posible, sobre el volcán. Organicé, pues, una expedición bien equipada con bestias de carga para las provisiones, y utensilios de cocina entre otras cosas; pero lo peor del caso era que el agua debía buscarse cada día desde allá arriba en las tierras bajas, pues los arroyos de las laderas del volcán carecían de agua por muy profundos que fueran.

Cuando salimos de Moyogalpa la expedición consistía en 4 hombres, tres bestias de carga y Nerón. Boström y yo montábamos, mientras la subida no era muy empinada, la tercer bestia llevaba la carga, López e Ildefonso iban a pie. Este último había sido tomado a sueldo sobre todo porque conocía un camino bastante bueno hasta la cima del volcán, donde decía haber estado dos veces. Debía, además, funcionar como oficial de enlace con la parte habitada de la isla, y cada tarde bajar a caballo para renovar nuestra provisión de agua.

Nuestro camino seguía primero hacia el sur, después hacia el este sobre un terreno calcáreo que subía progresivamente desde cerca de la costa en parte cultivada que pronto se convertía en un bosque bastante desarbolado. Cuando salimos del bosque a la parte inferior del volcán cubierta de pasto, ya habíamos, sin notarlo siquiera, ascendido a unos 250 metros sobre el nivel del mar, y por lo tanto, a 215 metros sobre el nivel del lago. Al pie de la montaña, a unos 100 ó 150 metros más arriba de la ladera de pasto, se le llama "la mesa", la que está, en varias partes, atravesada y cortada por hondos arroyos.

Los indios deseaban que ya hiciéramos aquí el campamento, mas era intolerablemente caliente, porque los árboles en las quebradas eran bastante grandes para impedir que las brisas del lago nos llegaran y demasiado desnudos para servirnos de protección contra el sol. Continuamos, pues, subiendo, después que una gran parte de la carga de la bestia fue distribuida entre los dos caballos que montábamos y tirando de las jáquimas de los animales. Ascendíamos en zig-zag por las laderas de la montaña, cada vez más empinadas, por algunos centenares de metros más e instalamos el campamento en una honda quebrada, de vegetación espesa, cerca de los 600 metros sobre el nivel del mar.

A la sombra de algunas acacias amarramos nuestras hamacas. No teníamos tienda de campaña, pero contra la lluvia extendíamos para proteger-

nos un capote de hule sobre cada hamaca. Arriba de la quebrada se oía una bandada de “pavos” (*Penelope purpuraceus*) un poco más pequeños que un “tjader” (ave sueca). Después de media hora de arrastrarme entre espesos matorrales conseguí un par de ellos. Nos hicimos un agradable asado para el almuerzo.

En la tarde tiró Broström una nueva y valiosa pieza para mi colección. Un oso hormiguero o tejón (*Tamandua tetradactyla*), (Fig. 76). Es un animal curioso, de cabeza alargada y nariz estrecha. La lengua que saca bien afuera es redonda. Las patas están armadas de uñas grandes y fuertes. Viven parte del tiempo en el suelo, parte en los árboles; su alimento principal consiste de hormigas. Yo mismo no los he visto atraparlas, pero permítaseme citar a Dampier, el que informa sobre observaciones comprobadas más tarde: “El oso hormiguero es un cuadrúpedo del tamaño aproximado de un perro grande, con pelo grueso café oscuro. Tiene patas cortas, nariz larga y ojos pequeños, un hocico muy pequeño y una lengua, con la que lame, de 5 a 6 centímetros de largo. Vive de hormigas, por lo tanto, se le encuentra en la vecindad de hormigueros o de caminos de hormigas. El oso hormiguero toma su alimento así: coloca su nariz contra el suelo, cerca del camino donde pasan las hormigas, —éstas se encuentran en grandes cantidades en estas regiones—, después, sacan la lengua a través del camino. Las hormigas van y vienen, sin detenerse por el camino; cuando llegan a la lengua se detienen y después de dos o tres minutos está la lengua cubierta de hormigas. Cuando el oso hormiguero se da cuenta de ello, recoge la lengua y se traga las hormigas. Luego, saca de nuevo la lengua para atrapar más”.

Al día siguiente fue imposible hacer alguna nueva tentativa para escalar la cima de la montaña, pues nubes espesas, llenas de agua, se mantuvieron todo el día en su alrededor a unos doscientos metros encima de nosotros.



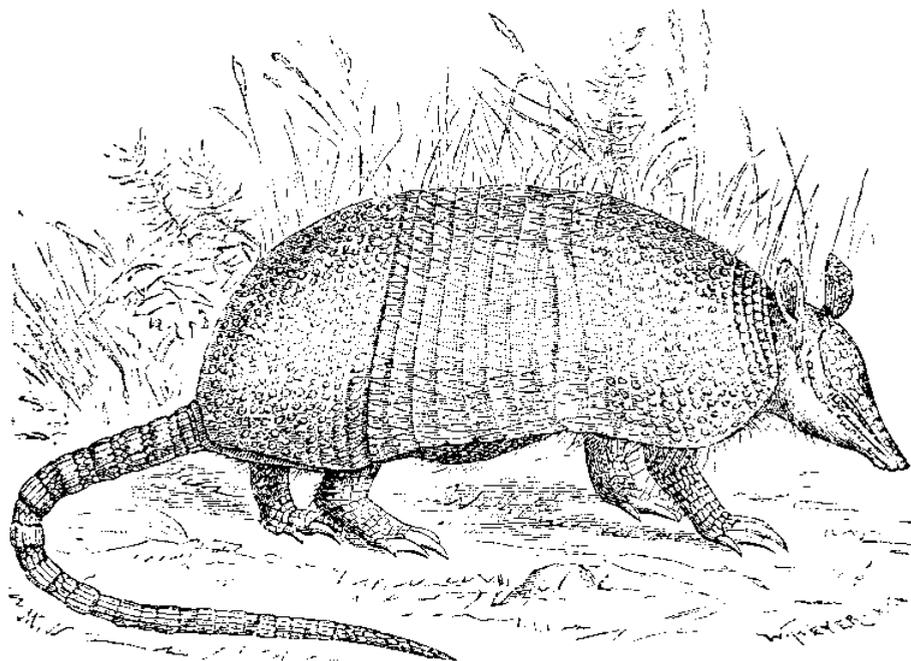
Fig. 76. — Oso hormiguero (*Tamandua tetradactyla*).

Por la tarde se descargó un fuerte chubasco. Con todo hicimos excursiones de cacería alrededor de nuestro campamento. Cuando pasaba una quebrada y comenzaba a subir por la ladera norte, cubierta de crecidos matorrales, de repente Nerón se detuvo y husmeó fuertemente en dirección del viento. Cuidadosamente me arrastré entre los matorrales y vi ante mí, en la sabana que terminaba abruptamente a unos 100 metros de distancia, una manada de 8 venados (*Cervus rufinus*). No eran mucho más grandes que corzos pero de formas más finas y elegantes. El rebaño se componía de un viejo macho con bellos cuernos enramados, de otro macho de cornamenta menos grande, tres hembras y tres crías, estas últimas eran de color café claro con manchas blancas en los costados; los más viejos eran de color rojo amarillento, siendo el más viejo más oscuro.

Apoyé mi escopeta sobre una rama, apunté cuidadosamente al macho y le tiré. Dio un salto alto, cayó sobre sus cuatro patas, se mantuvo de pie un par de segundos, luego dobló las patas delanteras y dio un volatín. Cuando llegué al lugar donde había caído estaba muerto. Los otros huyeron, rápidos como el viento, y en un instante desaparecieron en otra quebrada.

A pesar de que la diferencia de altura no era muy grande, la temperatura era mucho más baja aquí arriba que en la faja de la costa y en particular las noches eran frescas, agradables y refrescantes. En la fauna se notaba una gran diferencia: sólo algunas especies raras de pajaritos, que habíamos aprendido a reconocer allá abajo, existían aquí. Las parlanchinas urracas se encontraban, al contrario, en sus casas en las numerosas quebradas de vegetación abundante, lo mismo que las más grandes aves de rapiña. Los gallináceos eran más comunes aquí que más abajo, en particular el "pavo" y el "gúas" (*Grax globicera*) el cual es el representante más grande de todo el grupo en Centro América. Entre los mamíferos eran muy comunes los venados y los conejos (*Lepus brasiliensis*), lo mismo que el mono cara blanca (*Cebus hypoleucus*). El congo parecía tener sus límites a los 100 metros abajo de nosotros y el mono-araña no subía jamás tan alto. El oso hormiguero se encontraba bien aclimatado aquí arriba y al "zorro-espín" (*Synetheres mexicana*) no era raro encontrarlo entre los ásperos, bloques de piedra negra de la parte superior de la "mesa" que también tenía el nombre de "el pedregal". Tiramos dos de estos zorros salvajes y comimos la carne, aunque no encontramos que fuera particularmente una golosina. Por el contrario, la que era de alto rango, era la de "armadillo" (*Tatusia novemcincta*). (Fig. 77). Nerón se apareció una mañana con uno de ellos en el hocico, el que había conseguido coger por su larga cola antes de que pudiera meterse en un hoyo, su manera habitual de escapar de sus perseguidores. La cabeza y las patas las había retraído bajo la caparazón que cubre el dorso y los lados, y yacía enteramente inmóvil, a manera de las tortugas, cuando Nerón lo dejó caer a mis pies. La carne tenía el mismo gusto que la de un lechón.

Temprano de la mañana siguiente comenzamos la ascensión del volcán, día en que el gorro de nubes de la cima era menos espeso que de costum-

Fig. 77. — Armadillo (*Tatusia novemcincta*).

bre. La primera parte del camino nos llevaba a través de la sabana superior cubierta de alto, cerrado y fresco zacatal, interrumpido, aquí y allá, por piedras negras y puntudas. Cuando llegamos a los mil metros, comenzó el bosque cerrado, que casi sin interrupción, cubre la montaña hasta la cumbre.

De aquí teníamos una vista maravillosa. El istmo de Rivas yacía claramente y en detalle como un mapa en relieve, con la extensa ciudad y una cantidad de pueblos y aldeas. Del otro lado del istmo se extendía el Pacífico con su tranquila superficie que brillaba al sol, y al norte el Lago de Nicaragua, incluyendo la triangular Zapatera y adornado como con plantas marítimas en racimos por las pequeñas islas de Las Isletas y encima de éstas, alzaba el volcán Mombacho su ancho dorso terminado en un cono irregular de varias puntas. Más lejos al norte, el Momotombo, levantaba su cabeza desnuda azul y roja contra el cielo y bajo de él yacía como una nube de plata brillante el espejo del Lago de Managua. Era un panorama maravilloso que valía bien la pena que costaba escalar el Ometepe.

Espesa sobre nuestras cabezas colgaba una nube azul oscura que escondía completamente la cima de la montaña. Nuestro guía, Ildefonso, nos informó que el día no era indicado para tratar de llegar a la cumbre a través del bosque, pues la espesa nube no se levantaría en todo el día de la montaña y nos aconsejó que nos regresáramos. Tenía razón, pero no le creí entonces, por lo que continuamos ascendiendo. A cada paso nos de-

bíamos abrirnos el camino con el machete, el suelo estaba húmedo y resbaloso por una abundante capa de musgo y de malezas. Necesitamos tres horas para poder subir 350 metros más.

El barómetro mostraba ahora una altura de 1,450 metros, teníamos, pues, 250 metros por delante, los que no podríamos escalar antes de la caída de la tarde. Como no teníamos mantas u otros medios de protección para poder pasar la noche allá arriba, debimos regresarnos sin haber alcanzado, desgraciadamente, la cima. Hasta la altura a que llegamos vimos huellas de venados y oímos a los pavos y a los monos cara blanca. La temperatura era de 19 a 20 grados Celsius; los indios estaban helados, de manera que temblaban de frío. El descenso fue fácil y rápido. Cuando llegamos a la sabana, Nerón sorprendió a un conejo y pronto comenzó la caza de lleno. El conejo se metió en un hoyo de donde lo pudimos sacar.

Como el tiempo se ponía cada vez más lluvioso, decidí deshacer el campamento y volver a Moyogalpa para preparar mi viaje por agua —ya planeado desde hacía tiempo— hacia las partes más al sur de la isla.

En Moyogalpa se encontraban, sin embargo, sólo botes más o menos grandes, pero ninguno suficientemente grande para hacer una larga travesía. Decidí, entonces, hacer una excursión a Altigracia para buscar allí una embarcación adecuada. Se ensilló de nuevo al impasible "Vapor" y acompasadamente tomamos el "gran camino" de Altigracia. En las cercanías de Moyogalpa el camino era bastante bueno, pero pronto se hizo malo para la bestia, y a veces tan difícil que tuve que desmontar para halar al caballo por la cuesta de algún arroyo que cruzaba el sendero. El terreno del lado norte y noreste se alza hasta formar un paredón que se termina tanto del lado del volcán como contra el lago y forma una especie de dintel del volcán.

Cuando salí del bosque al comienzo del valle, que casi enteramente estaba ocupado por la ciudad y por las posesiones vecinas, me salió al paso una sonriente vista: por todas partes jardines llenos de flores y campos cultivados: platanares y cocales se alternaban con ondulantes plantaciones de caña de azúcar y tabacales verdeoscuros.

La ciudad es mucho más extensa que su hermana Moyogalpa. Las casas son todas bajas, de un solo piso, con paredes de caña blanca o de palmas sin paredes. Solamente alrededor de la plaza misma y en su vecindad inmediata se pueden ver casas construidas al estilo hispanoamericano, o sea de tablas o de adobes. La iglesia es pequeña y sin torre. La plaza es grande y cubierta de una rica alfombra de pasto. Las calles, o más bien, los caminos son anchos, cortándose por lo común los unos a los otros en ángulos rectos.

Desmonté frente a una de las casas más grandes de la plaza, donde la señora Mercedes Sandoval, para quien llevaba una carta de recomendación de la dueña de casa en Moyogalpa. Allí dejé mi caballo y salí a buscar

al armador más conocido de la ciudad. Después de varias tentativas desgraciadas supe que el General don Chico Gutiérrez tenía un gran bote americano que según su descripción parecía convenirme. Busqué al General y lo encontré en su plantío de tabaco, ocupado con toda su familia en recoger y amarrar las hojas de tabaco. A pesar de que aquí en Nicaragua, lo mismo que en muchas partes de la América Central y de México, la hoja de tabaco —de manera irracional— se seca al sol, en vez de secarla bajo una aireada enramada, tenía el cigarrillo que la hija de la casa me preparó inmediatamente con mano experta un gusto agradable y suave. El tabaco de Nicaragua tendría con toda seguridad, si se le tratase racionalmente, un alto rango en el mercado internacional. Por ahora es el cultivo del tabaco y su venta un monopolio del Estado, de manera que quien lo cultiva debe, una vez seco y empacado, entregarlo a los empleados del gobierno a un precio bastante bajo por libra de peso. Pero los comerciantes en tabaco lo compran del gobierno a un precio aproximadamente de 100% más caro. A pesar de esto el cultivo del tabaco es lucrativo aunque no se hace en gran escala.

Visité el bote; era un bote de río norteamericano, ancho y espacioso, con una gran vela levadiza. Lo arrendé por un mes, pero como necesitaba alguna reparación, no lo pude obtener inmediatamente, por lo que para mi expedición inmediata hube de contentarme con lo que la flota de Moyogalpa podía ofrecerme.

Como en Moyogalpa, aquí también en Altagracia es el volcán el que atrae toda la atención del forastero y hace desaparecer todos los detalles del vecindario. Pero desde aquí hace una impresión más suave, porque le hacen falta las faldas cortadas por quebradas, y por el contrario, se encuentra el volcán desde la base hasta la cima cubierto de un bosque ininterrumpido, húmedo y verdequeante. A alguna distancia tiene la verde alfombra una apariencia lisa como de terciopelo. Pero por lo que toca a posición Altagracia viene después de su rival, pues se encuentra separada del lago por un alzamiento de la tierra como una muralla. No se puede ver el lago desde aquí, como no sea probablemente del techo mismo de la iglesia.

A mi regreso a Moyogalpa arrendé el bote más grande que se encontraba en el lugar. Pertenece a un viejo mestizo llamado José, quien sin pretensiones de ninguna clase le había bautizado con el nombre de "San José". Después de haber cargado las provisiones y el equipaje, navegamos a vela hacia el sur, más allá de la Punta de San Roque, donde como de costumbre encontramos un fuerte oleaje, pero como nuestro valiente capitán no osaba alejarse de la costa para no ser llevado hacia las costas del istmo de Rivas, debimos trabajar contra la corriente, ayudándonos de los remos. Y qué remos!, más bien parecían paletas de horno para hacer el pan, con varas sumamente largas. El bote era grande y pesado, de 8 metros de largo por 1 de ancho, por lo tanto, era un trabajo pesado hacerlo avanzar contra las constantes olas y la fuerte corriente.

Más adelante hacia el sur pasamos Punta Viva y después, una ancha y prolongada lengua de tierra, el Tigerero, todo esto contra un fuerte oleaje, que los principios náuticos de José nos prohibían evitar, por lo que avanzábamos lentamente. Punta Gorda se dibujaba ahora alta y maciza ante nosotros; al otro lado se abre la ancha bahía que divide las partes sur y norte de la Isla Ometepe. Allí se encontraba nuestro punto de destino: la pequeña isla de Ciste. Entre Punta Gorda y el volcán de Ometepe se alzaba una pequeña montaña redonda, un volcán adicional, no más alto de 200 a 250 metros. Su nombre es Cerro Ciclón. Después de un débil esfuerzo para pasar Punta Gorda, echamos ancla en una bella bahía, al lado oeste de la misma, y pasamos una noche bien desagradable en el estrecho bote.

A la mañana siguiente soplabá un fuerte noreste. Tratamos de pasar la Punta remando, mas fuimos echados hacia atrás por la dura y constante marejada que aumentaba de fuerza progresivamente. Ante mi proposición que deberíamos pasar la Punta —el bote tenía dos mástiles para velas plegadizas de palos de bambú— fue cogido José de un pánico tan evidente como imprevisto, que hube de hacer un acto de valor ante la necesidad y entré en una ensenada, o más bien, una laguna, antes de Punta Gorda, llamada Charco Verde.

Cuando hubimos entrado —la profundidad no era de más de un metro a la entrada por el lago— se cambió mi disgusto por la mala suerte que nos había impedido el doblar Punta Gorda en un profundo sentimiento de gratitud por aquella mala suerte, pues nunca podré ver de nuevo un sitio más maravilloso, sólo igualado a mi querida laguna Santa Rosa.

Esta laguna de Charco Verde —o más bien, este par de lagunas— se compone de dos estanques divididos por una angosta lengua de tierra. Aquella (la de Santa Rosa) era una cúpula de verdura impenetrable a los rayos del sol, con una base de agua donde se podía remar en un laberinto de las más variadas raíces de árboles, y adornada de bejucos floridos, esta doble laguna tenía libres y claros espejos de agua, rodeados de pintorescas formaciones en la playa, cubiertas de la más lujuriantes y variada vegetación que uno pueda imaginar. Aún en riqueza de pájaros no le cedía ésta a su bella rival y decidí inmediatamente establecer mi campamento aquí por algunos días.

La laguna exterior tiene algo más de 150 metros de largo y 50 de ancho, estando separada del lago por una estrecha y baja banda de playa en la cual crecen altos y majestuosos árboles. La entrada no es más que de unos 4 ó 5 metros de ancho, a cada lado de la cual hay una enorme ceiba de guardia y bajo sus cimas unidas se pasa bajo un portal de verdura. Las playas están tan cubiertas de árboles y matorrales, entrecruzados de bejucos que a primera vista parece imposible avanzar por tierra; además, están defendidas por una ancha faja de hierbas de 2 a 3 metros de alto.

El pasaje entre las dos lagunas tiene apenas un ancho de 3 metros. La laguna interior es bastante más grande: más de 400 metros de largo por

unos 100 de ancho. El lado norte está dominado por el Cerro Ciclón que se alza paulatinamente, el lado sur por una montaña de arena que se levanta del borde del agua y forma Punta Gorda. La tierra entre estas alturas se hunde en la parte noreste de la laguna hasta formar una garganta de 60 a 80 metros de ancho. Esta garganta es tan baja que se cubre de agua con las mareas más altas del lago y entonces Punta Gorda se vuelve una isla.

Plantamos nuestro campamento en la playa de la laguna, en la garganta de que he hablado, en un refugio natural formado por un mango centenario, el que además de su sombra, nos brindaba sus exquisitas frutas maduras. El resto de la techumbre del extenso refugio estaba formado por una acacia de ancha arboleda y de un inmenso cedro viejo, cuyo tronco, a los 3 metros del suelo medía 10 metros de circunferencia. Este techo de hojas era tan compacto que ningún rayo de sol se deslizaba hasta nosotros.

La cima y los lados de Punta Gorda se encuentran coronados de altos y viejos cedros, el centro de la arboleda aireada de la tierra baja está formada de acacias y de especies de ficus. Por aquí y por allá se alzaba una elegante palmera de coco, que se creería artificial; alto sobre la verde arboleda, parecía dispuesta, con la primera embestida fuerte del viento, a quebrarse bajo el peso de sus grandes y numerosos racimos de frutas.

Arriba del Cerro Ciclón seguí un rebaño de venados sin poder darles alcance, pero en el camino de regreso fuimos seguidos, Nerón y yo, por una pequeña banda de monos cara blanca. Cada vez que nos deteníamos nos tiraban una lluvia de ramas y de frutas; a pesar de lo atrevido que se mostraban, tenían, lo mismo que el mono-araña, un enorme respeto por la escopeta, la que tan sólo necesitaba alzar para hacer que se desaparecieran como por encanto en la arboleda. Su grito era un agudo y corto ladrido, casi como el ladrido de un perro faldero. En sus movimientos son casi tan ágiles como los monos-arañas, aunque no tan aventureros y son más sosegados y tienen una forma de cuerpo más proporcionada. Se come su carne, por lo general, pero no es tan buena como la del mono-araña.

El mono-congo no es considerado comestible y su carne es más oscura que los arriba mencionados.

Cuando regresé al campamento me contó Boström que había oído, hacía unos momentos, un fuerte ruido como de algo que se arrastraba en los matorrales de la parte más baja de la garganta de tierra. Corrió hacia allá creyendo que podría ser un venado, pero se quedó atónito cuando encontró que era un cocodrilo gigante en camino de la laguna al lago. Le dio dos tiros en la cabeza: uno de los cañones de su escopeta estaba cargado con bala, el otro con perdigones. El lagarto se regresó y desapareció a toda velocidad en la laguna. Algunas manchas de sangre sobre las hojas y el pasto nos mostraban que había recibido una buena lección y durante el tiempo que estuvimos acampados en este lugar, no fuimos molestados de nuevo por éstas visitas de reptiles.

No se podía pensar en un lugar mejor para la caza que el que habíamos escogido. Por un lado la laguna, rica en aves zancudas y aves acuáticas de toda especie; del otro lado el lago con su brisa refrescante, sus grandes cocodrilos y sus pájaros tropicales —(*Tachypetes aquila*)— planeando en círculos altos, allá arriba en el cielo; ante nosotros el bosque de altos cedros de Punta Gorda, lugar preferido de las decorativas garzas, monos y agutíes; y por fin, detrás de nosotros, la sierra y el volcán cubiertos de bosques con una extraordinaria riqueza de venados, conejos, pavos (hocos) y otros pájaros de todas las especies posibles. Nuestro botín era ya muy grande y hubimos de pensar en regresar porque pronto tuvimos el bote enteramente cargado. Pero primero quise visitar la isla de Ciste que se encontraba apenas a dos kilómetros al este de nuestro campamento.

Pero para no poner a prueba, una vez más, el valor y la resistencia de José, arrastramos el bote a través de la parte más baja del istmo, lo cargamos allí y de esta manera evitamos la temida Punta Gorda. De la cumbre de estas alturas tiene uno una bella vista de la gran isla doble —Ometepe— en toda su extensión. Al norte, inmediatamente frente al espectador se alza el Ometepe, dominándolo todo con las líneas suaves del Cerro Cyclón, como un peldaño a sus pies; al este se ve a lo lejos el bajo istmo, contra el cual se rompe un oleaje constante, la lejana tierra de Chontales y ante ella la plácida y ancha bahía en forma de medio círculo que parece tratar de separar, la una de la otra, las dos mitades de la isla; y al sur se levanta el volcán Madera, no tan alto ni tan bien formado como su gigante hermano gemelo, pero bastante poderoso y grandioso como para despertar la admiración del observador.

En Ciste nos quedamos sólo un día, porque la pequeña isla no era tan rica en vida animal como me la había imaginado. Naturalmente nos encontramos al desembarcar con una bella bandada de pájaros tropicales que parecían considerar la isla como su coto privado; pero fuera de ellos no tenía la isla de Ciste muchas otras especies de pájaros. Parecía como si todos hubiesen sido atraídos a la encantadora laguna de Charco Verde, y esto, naturalmente, no debería causarnos extrañeza.

Aquí tuvo, sin embargo, Nerón la oportunidad de mostrar que comprendía perfectamente bien sus deberes de servidor de un naturalista. Vino hacia mí cuando yo estaba sentado sobre una raíz ocupado en escribir, y se detuvo precisamente enfrente de mí con la cabeza levantada. Vi un pequeño objeto negro en sus fauces, lo tomé y encontré que era un pequeño murciélago (*Nyctinomus sp.*). Pero el perro se mantenía inmóvil y abría sus fauces para que apenas pudiese introducir mis dedos entre sus dientes. Saqué en total cinco murciélagos vivos, después, ladrando y con alegres saltos mostró su regocijo y claramente me invitó a que lo siguiera para mostrar el lugar donde había hecho su captura. Así lo hice, y lo seguí hasta un paredón de arena cortado a pico. Allí, en un hoyo cerca del suelo, metió Nerón la cabeza y sacó otros tres animales.

Como el viento era propicio para un viaje hasta San Jorge, el puerto de Rivas, y yo no podía en la isla comprar cajas para empacar mis coleccio-

nes, traté de persuadir a mi Capitán a navegar hasta allá. El presentó toda clase de dificultades y dijo que era tomar un riesgo demasiado grande con la tormenta que reinaba (soplaba, como de costumbre, un fuerte viento noroeste). Finalmente conseguí con un poquito de ron y dos brillantes dólares de plata, levantar su espíritu tan alto que prometió tratar de hacerlo a la mañana siguiente.

A la caída del sol dejamos Punta Gorda y nos deslizamos lenta y cuidadosamente lejos de la tierra. Era una de las más bellas noches tropicales, con una brillante luna, tan luminosa que podía, a su luz, escribir en mi Diario. Navegamos a vela más y más lejos en el embrujador claro de luna y llegamos por fin, a la salida del sol, antes que el viento pudiese ser demasiado fuerte, a Punta Viva, habiendo cruzado los 12 kilómetros de canal hasta San Jorge.